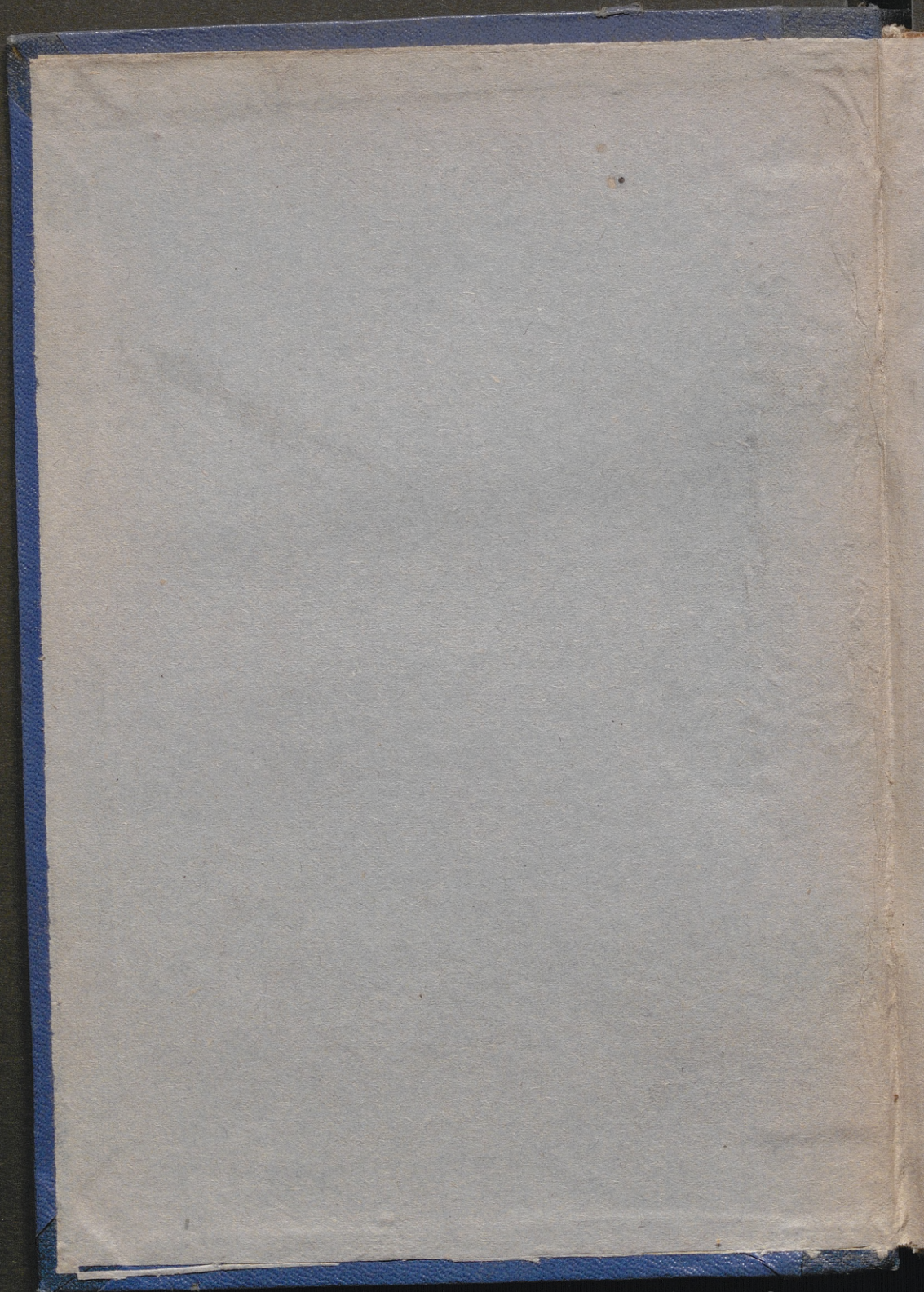


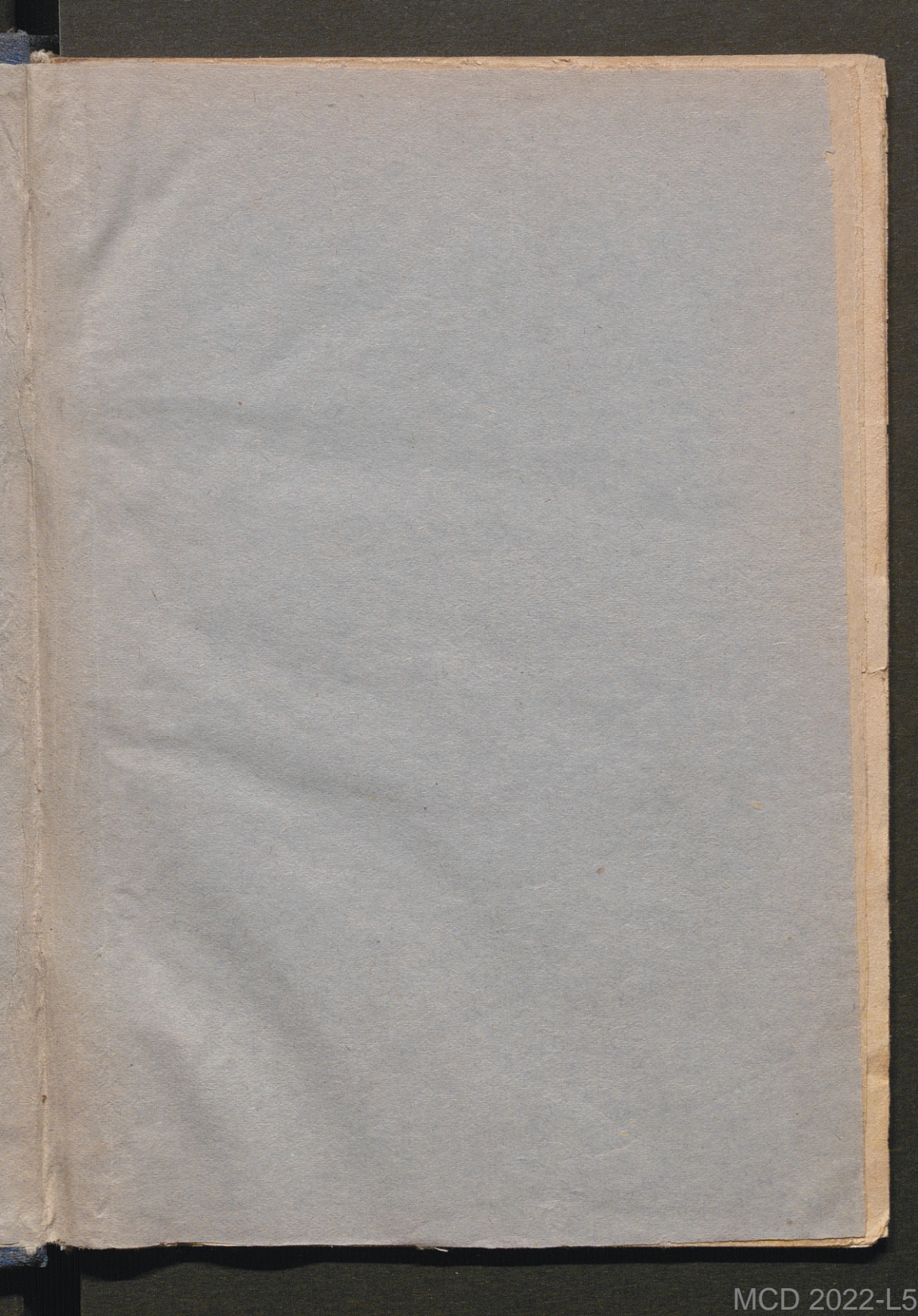


LC 803















LA SOBRINA DEL CURA



# ¡QUE VIENE MI MARIDO!

TRAGEDIA GROTESCA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

## CARLOS ARNICHES

### PERSONAJES

CARITA. - DOÑA TOMASA. - ELENA. - LA HIPOLITA. - GENOVEVA. - DOÑA POLONIA. - SOCORRITO. - SEÑA MATEA. - NIÑA 1.º (13 años.) - IDEM 2.º (11 años.) - BERMEJO. - DON VALERIANO. - DON SANGUNDO. - LUIS. - HIDALGO. - SEÑOR PALOMO. - SEÑOR CARCELES. - SATURNINO. - RAMÓN. - NIÑO 1.º (9 años.) - IDEM 2.º (7 años.)  
La acción en Madrid, actualmente.

## ACTO PRIMERO

*Gabinete modesto. Dos puertas a cada lateral y una al foro. Cortinas; cuadros y muebles adecuados.*

*Elena, Genoveva, doña Polonia, Socorrito, don Valeriano, señor Palomo y Ramón.*

*(Todos estos personajes entran y salen varias veces durante la escena. Al levantarse el telón se escuchan ayes y gritos nerviosos de doña Tomasa y de Carito que se suponen accidentadas.)*

VAL.—*(Sale trémulo por derecha y se dirige a la izquierda.)* ¡Esa tila!... ¡A ver esa tila!... ¡Pero no está esa tila todavía!...

GEN.—*(Temblorosa, con una taza de tila, que trata de enjriar con la cuchara.)* Aquí está. Es que no atinaba con el sobresalto que tengo. *(Le da la taza a don Valeriano, que al probar la tila hace un gesto como de haberse quemado.)*

¿Cómo la encuentra usted?

VAL.—Para pelar pollos.

GEN.—Digo a la señora.

VAL.—¡Ah! Lo mismo... Exactamente lo mismo. No se le pasa... ¿Tiene azúcar?

TA. 1744332

CB. 73466893



GEN.—Si no es azúcar, yo no sé lo que será, porque con el aturullo le he echao de un papel que había en el armario, que me parecía terciada.

VAL.—¿No será el ácido bórico?

GEN.—Yo juraría que no, pero no lo juraría.

VAL.—Bueno; corre arriba, a casa de los señores de Palomo, y que te dejen el azahar, anda.

GEN.—Sí, señor. De seguida. ¡Virgen del Carmen! ¡Virgen de la Paloma! ¡Virgen de... (Vase.)

ELE.—(Agitada y temblorosa.) Papá... papá... las llaves del armario. Has el favor...

VAL.—¿Pues qué ocurre ahora?

ELE.—A Carita, que no la para el frío. Tiene un temblor de muerte. ¡Y eso que la tengo echadas tres mantas! Dice que la lleve un ruso. ¿Usted sabe dónde encontraría yo un ruso?

VAL.—¿Un ruso?... ¡Qué sé yo!... Figúrate... Un ruso ahora... Espera a ver... (Llamando.) ¡Genoveva!... ¡Genoveva!... (A Elena.) Se conoce que se ha subido ya, porque la mandé arriba por el azahar. Enfria esto, que voy a ver si encuentro yo otra manta, o algo semejante. Está uno loco... está uno... (Vase.)

ELE.—(Muy afligida, enfriando la tila.) ¡Jesús, qué disgusto!... ¡La verdad es que ha sido un golpe!... ¡Quién iba a imaginárselo!... ¡Qué trastorno!... Vamos, que pasan cosas...

RAM.—(Entra jadeante, con tres frascos en la mano.) Aquí está la antipasmódica, la antitérica y la antispirina... y la cuenta del dinero. Dos de esta y tres de esta, cinco; más siete de este... (La deja sobre un velador.) Sobran dos pesetas; una (Se busca.) que me se debe haber perdido... y otra que me se debe... porque la he tenío que poner yo.

ELE.—¿Y el médico?

RAM.—No di con él. Y eso que le tengo buscao por medio Madrid. De primeras fui a su casa, y me dijo su señora que estaba en la Casa de Socorro; fui a la Casa de Socorro y me dijeron que la metá e los días no parece por allí. Con las mismas volví a decirselo a su señora, y gritó: "¡Ah, sinvergüenza, ya sé dónde estás!"; agarró la mantilla y se puso de una forma contra su marido, que hoy sí que creo que va a la Casa de Socorro.

ELE.—¡Jesús, qué percance! (Se oyen ayes de Carita.)

CAR.—¡Ay, ay, ay!

ELE.—¡Ay, por Dios, que la repite! Enfríe usted esa tila, Ramón, que voy a ver... (Le deja la tila y vase.)

RAM.—(Enfriando la tila.) Pues señor, se ha armado un tinguiringui suave... Y tóo creo que es por una carta que han recibío de fuera. ¿Qué diría la dichosa cartita?... ¡Porque pa darles un disgusto de esa manituz!... (Probando la tila.) ¡Repeine, qué caliente está esto! No se puede tomar, pero que no se puede.

POL.—(Por el foro.) ¿Se puede?

RAM.—No, señora... digo... ¡ay, sí, señora!... Usté dispense, es que uno está que no sabe... Pasen ustedes, pasen ustedes. (Entra doña Polonia abrochándose la bata y con las rizadoras puestas. Socorrito con una falda de casa y envuelta en una toquilla, y don Simón en zapatillas, con pijama y con la bigotera puesta. Vienen inquietos.)

POL.—¿Pero qué sucede en esta casa, Ramón?

SOC.—¿Pero qué les ocurre? ¿Qué ha pasado?

PAL.—Ha subido Genoveva por el azahar y nos ha dicho que doña Tomasa y Carita habían sido presas de no sé qué...

RAM.—(Aterrado.) ¿Cómo presas? (Agita la tila y sopla.)

PAL.—Vamos, quise decir que las ha dado...

RAM.—¡Ah... un patatús, mí, señor! (Sopla otra vez.) Un patatús...



PAL.—Ramón, hazme el favor de soplar hacia otro cuadrante, que me espurreas.

POL.—Bueno. ¿pero ha sido enfermedad, accidente, disgusto o mero ataque?

RAM.—Yo no sé si habrá sido mero, u qué habrá sido; pero ha sido una cosa como la que me da a mí los sábados por la noche, que me privo.

PAL.—No, lo tuyo es merluza.

RAM.—Y lo único que yo puedo decir a ustedes es que yo estaba abajo, en la portería, quitándome tres manchas que me había echao anoche en el chaleco y dos en el pantalón cuando en esto...

ELE.—(Dentro.) Ramón! la antiespasmódica.

RAM.—(Alto.) Voy (A los de Palomo.) Con permiso de ustedes. (A don Simón.) Haga usted el favor de enfriar esto, señor Palomo, que en seguida vuelvo. (Coge un frasco y vase.)

POL.—¿Pero qué será lo acaecido?

PAL.—Vete a saber. Lo único que hemos sacado en limpio es que el portero es un sucio.

POL.—A ver si sale alguien de la familia y nos lo dice.

PAL.—Esto debe ser algún disgusto de Carita con el novio.

POL.—Es posible. No me gusta a mí esa Carita.

PAL.—A mí, no es que no me guste, pero es una niña que la tienen muy consentida, y eso...

POL.—Calla. Ahora lo sabremos... Don Valeriano... Viene don Valeriano...

VAL.—(Sale con un ruso al brazo.) ¡Ay, señores!... ¡Ustedes!... (Al verlos, movimiento de contrariedad.) ¡Caramba!... ¡Cuánto agradezco!...

PAL.—¡Ay, don Valeriano, estamos muertas!

SOC.—¿Pero qué ha pasado aquí?

PAL.—Subió la Genoveva por el azahar y nos dijo...

VAL.—Sí, nada; en realidad nada... sino que mi hermana Tomasa y mi sobrina, son tan nerviosas... ¡Ay, pero por Dios, señor Palomo... usted soplandol... (Tomándole la taza de tila.) No se moleste usted... Pues, nada, nada; no ha sido nada... Si acaso, ya avisaremos, y...

POL.—Nosotros sentiríamos molestar, pero la buena voluntad...

VAL.—¡Por Dios, quiere usted callarse! ¡Cómo molestar! ¡Nada de eso!

PAL.—Pero si los vecinos no nos favorecemos unos a otros en las ocasiones...

VAL.—¡Ah!, claro; sí, señor; desde luego... Pues nada, en todo caso ya avisaríamos, y...

SOC.—Ya ve usted, hemos bajado en dos brinco; mamá con un salto...

POL.—Y Simón hasta con la bigotera, ya ve usted...

PAL.—(Quitándose la.) ¡Ay, sí, es verdad!... ¡Qué distracción! ¡Caramba!... Usted perdone.

POL.—Conque siga usted. ¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido ello, amigo don Valeriano?

VAL.—Pues nada; que acabábamos de pasar esta mañana, como de costumbre, mi hija Elena y yo, para saludar a mi hermana Tomasa y a mi sobrina, cuando en esto...

TOM.—(En la derecha, con gran angustia.) ¡Ay!... ¡Ay!... Valeriano... Valeriano...

VAL.—¡Jesús!... ¡Mi hermana se agrava!... (Dejándolas el ruso y la tila.) ¡Por Dios, hagan ustedes el favor, que voy a ver... (Vase.)

PAL.—Pues, señor, esto es más difícil de averiguar que una charada numérica. Pero en fin, los sacrosantos deberes de vecindad...

POL.—¿Has oído?... Dice que una cosa sin importancia.

SOC.—El novio. Lo que yo te decía. Si está cansado de ella...

PAL.—Chist... ¿Os habéis fijado en el servicio de te?... Tazas de cinco reales.



SOC.—Sí, pero la cucharilla es de plata.

POL.—(Se la acerca a los ojos y se la devuelve despreciativamente.) Miele.

PAL.—¡Y mirad los platillos!... ¡Desportillados!... ¡Vaya unos platillos!... Con el bombo que se daban...

ELE.—(Saliedo con un calentapiés.) ¡Ay, por Dios, ustedes y solos!... cuánto siento...

POL.—¿Quieres callarte, hija?... Comprendemos que la visita es inoportuna...

PAL.—Pero los sacrosantos deberes de vecindad...

ELE.—¡Ay, cuánto agradecemos!... Pero siéntense, siéntense.

PAL.—¿Y qué ha sido, qué ha sido?...

ELE.—Pues perdonen un momento, que ahora salgo, porque Carita... Y si sale papá, hagan el favor de darle este calentapiés, que es para mi tía. Soy con ustedes. (Vase, dejándolas el calentapiés.)

PAL.—Bueno; realmente yo creo que estamos molestando y viceversa.

POL.—¿Cómo viceversa, Simón?

PAL.—Sí, porque cada vez nos van dejando más adminículos. ¿No te percastas, Polonia?...

SOC.—¿Pero y si pudiéramos hacer algo útil por la familia?...

PAL.—Yo creo que aquí lo más útil que podemos hacer por la familia es marcharnos. ¿No coincides, Socorrito?

SOC.—¿Pero irse sin averiguar algo? (Sale Elena con un frasco y una cuchara.) De modo hija mía, que decías que...

ELE.—Dispensen un momento que en seguida vuelvo. (Vase.)

POL.—¡Nada, que no hay manera!

Dichos y don Segundo, foro derecha.

SEG.—(Dentro.) Valeriano... Tomasa...

PAL.—Callad... don Segundo, el de la tienda. Este nos lo dice. Ahora lo averiguaremos todo.

SEG.—(Saliedo. Lleva gorra y manguitos.) Carita... Tomasa... ¡Caramba, los Palomos!...) ¿Ustedes?... Y luego, ¿qué pasa aquí?

POL.—¡Ah!, ¿pero usted no sabe?...

SEG.—¡Qué voy a saber!... Yo estaba tranquilamente en la tienda recibiendo una partida de pellejos de aceite; por cierto que mandé a Isidro que embotellase de uno, porque nos quedamos sin nada del fino, cuando en esto que baja la Genoveva y me grita, más amarilla que la manteca: "Vea si sube don Segundo, que a la señora dióle un soponcio y la señorita se nos privó que no parece sino que se muere"... ¡Y quisieran ver!... ¡Qué corridas de los dependientes de acá para allá!... Uno gritaba: "¡Socorro!..." Otro: "¡Ay, que muere doña Tomasa!..." Y otro: "Brinca por un médico." Y aquello no era entenderse y gritar todos a una, y la Genoveva llora que llora. Y con tanto susto y con tanto escándalo abandonamos el pellejo, que se salió todo, y me dejé la tienda que aquello es una balsa de aceite.

PAL.—¿Y no sabe usted nada más?

SEG.—Nada más.

PAL.—(Mirando a su mujer y a su hija.) No sabe nada más. Bueno, pues nosotros, tras lenguas pesquisas, nos hallamos a la par de usted en el conocimiento de lo acaecido, por lo cual le rogamos que se sirva reintegrarle a la familia este calentapiés, este gabán y esta taza de tila, en mi concepto, ya fría; así como nuestro más ferviente deseo de que mejoren las pacientes.

SEG.—¡Pero me han dicho que Tomasa accidentada, Carita accidentada!...

PAL.—Sí, señor; doña Tomasa accidentada, Carita accidentada y nuestra visita también accidentada. Bésole la mano.

POL.—Tanto gusto. (Saluda.)

SOC.—(Al ver que agita la tila nerviosamente.) No le dé usted vueltas, que es un hielo. (Vanse los tres.)



SEG.—¡Vaya una gente cargante!... ¡Y no saber! (*Llamando.*) Valeriano, pero Valeriano... No adivino lo que sea... Si yo esta mañana dejelas cabales... Valeriano...

*Don Segundo, Valeriano, luego doña Tomasa, Elena y Carita.*

VAL.—(*Sacando la cabeza.*) ¿Se han ido ya los Palomos?

SEG.—Volaron. ¿Pero qué pasa aquí?... ¡Dímelo luego, que estoy que no vivo!

VAL.—¿Que qué pasa?... ¡Ay, Segundo!... Pasa lo que no puedes imaginar ¡Una cosa inaudita! ¡Estupenda, inenarrable!

SEG.—(*Asustado.*) ¿Pues?...

VAL.—La más complicada novela policial es un cuento de niños si se la compara con lo que nos ocurre.

SEG.—Pero...

VAL.—Y el "Misterio del cuarto amarillo" un chisme de portería, no te digo más.

SEG.—¡Carapel! Pero Valeriano!...

VAL.—Si a mí me dicen que la Cibeles se ha pegado con un Guardia de orden público, le doy más crédito que a esto...

SEG.—¡Demonio!...

VAL.—Imagina la cosa más diabólica y te quedas corto, Segundo.

SEG.—Bueno, ¡pero por la Madre de Dios!... ¿Quieres explicarme?...

VAL.—Espérate, que ahora saldrán ellas y te lo contaremos todo. (*Llamando.*) Tomasa, sal. Carita, salid, que está Segundo nada más.

SEG.—¿Y esta tila?

VAL.—Tómatala tú si quieres, que te va a hacer falta.

TOM.—(*Saliendo, pálida, despeinada, envuelta en un mantón y con un perro to en brazos. La sigue Elena.*) ¡Ay, Segundo de mi vida!... ¡Ay, Segundo de mi alma!... ¡Ay, qué trastorno!... ¡Ay, que todo me rueda! (*Se desploma.*)

SEG.—(*Sujetándola.*) Tente, mujer, tente.

TOM.—¡Ay, Segundo, derecha no me es posible!

VAL.—Anda, mujer, anda... deja ahora a *Caruso* y siéntate en esta butaca. Elena, llévate a *Caruso* a ese cuarto, vete a casa, dile a mamá lo que ocurre y que ahora voy.

ELE.—Bueno, pues hasta luego. (*Vase llevándose el perro.*)

TOM.—¡Animalito! ¡Cómo ha sufrido de verme llorar! (*Llora.*)

VAL.—No pienses en el perro, mujer; no pienses en el perro ahora.

CAR.—(*También despeinada, a medio abrochar, llorosa.*) ¡Ay, tío!... ¡Ay, tío de mi corazón!... ¡Ay, tío Segundo de mi alma! (*Le abraza.*)

SEG.—Pero santiña mía, ¿pero qué os pasó?

TOM.—Leer yo la carta y caer al suelo privada del sentido, todo ha sido uno.

VAL.—Considera, para privarse esta, que no se priva de nada; que ya conoces su presencia de ánimo... ¡figúrate!

SEG.—Bueno, ¿pero qué demonio de carta es esa que tanto disgusto os diera?

VAL.—Siéntate, siéntate, Segundo; escucha y pásmate. Por una escuela y una carta recibidas en el primer correo de hoy se nos comunica que hace ocho días murió en Cabezón de Bonete (Asturias), Rogelio Nogales, el padrino de esta (*Por Carita.*)

SEG.—(*Sorprendido.*) ¿Que murió Rogelio?... ¡Tu padrino! ¡Carapel!... ¿Y qué ha muerto el pobriño?

TOM.—Tú ya sabes que siempre padeció una enfermedad crónica a la garganta.

CAR.—Creo que tenía las cuerdas vocales destrozadas.

TOM.—Dicen que desde que volvió de América sólo vivía con una cuerda.

VAL.—La última vez que estuvo en Madrid le vieron varios médicos otorinolaringólogos y el pronóstico fué fatal. Unos decían que no tenía cuerda más que



para veinticuatro horas, otros, que tenía cuerda para un año... pero en fin, lo cierto es que el hombre hace ocho días que se ha parao.

SEG.—¡Oh, pobre Rogelio! ¡La garganta!.. Ya sabía yo que sería su fin. Y nunca pudimos quitarle de que fumase, con el mal que le hacía.

TOM.—Pues bien; empieza a asombrarte, Segundo. Rogelio Nogales, a quien supusimos a su regreso de América una modesta fortuna de veinticinco o treinta mil duros, ha dejado, ¡¡pásmate!!... ¡¡Tres millones de pesetas!!

SEG.—(En el colmo del asombro.) ¡¡Rogelio, tres millones!!

TOM.—¡¡Tres millones, Segundo!!

VAL.—¿Tú te acuerdas lo bruto que era? Pues ahora resulta que tenía un ingenio enorme, en el Camagüey, y extensas vegas de tabaco, en Cárdenas...

CAR.—Y creo que muchísimo papel, una barbaridad de papel, en México. Acciones de minas, acciones de ferrocarriles, acciones navieras...

TOM.—En fin, baste que te digamos que ha dejado dos millones en papel y uno en tabaco.

VAL.—Te explicarás ahora porqué no dejaba de fumar.

SEG.—Pero cómo hizo esa millonada si yo tenía oído que al emigrar a América había puesto una mala tienda de comestibles en Quito.

VAL.—Bueno, pues ahí lo tienes; comestibles y Quito, con lo ladrón que era el pobre, que en gloria esté, pues se hizo de oro.

SEG.—¡Madre de Dios! Tres millones un hombre tan así, tan... vamos...

TOM.—Tan inculto, dilo claro.

CAR.—¡Semejante fortuna un hombre que ponía *anteayer* sin ninguna habida...

VAL.—¡Tres millones un hombre que pedía champagne frappé y se lo mandaba calentar!

TOM.—Pues bien, como sabes, Rogelio no tenía pariente alguno, y nosotros supusimos que a su fallecimiento dejaría a Carita, ahijada suya, su fortuna íntegra.

SEG.—Ahora comprendo el disgusto. ¿Y por lo visto no te dejó por heredera?

CAR.—(Desesperada.) Sí, señor, sí, señor, que me ha dejado por heredera, pues eso es lo terrible.

SEG.—(Asombrado.) ¡¡Cómo lo terrible!!

CAR.—Sí, porque me ha dejado su fortuna en unas condiciones tan crueles, tan tremendas... (Casi llorando.) que parece mentira que un ser humano...

SEG.—¿Pero qué estás diciendo?

VAL.—(Con gran indignación.) La ha dejado su fortuna en unas condiciones tan pérdidas, tan extrañas, que más valía que no la hubiera dejado un cuarto Segundo.

SEG.—¡Madre de Dios!

VAL.—Oye esta carta y acaba de pasmarte. (Saca una carta y lee.) Hay un membrete que dice: "Zacarías Lamuela, Notario, Avenida de Carboneros, deciocho, Cabezón de Bonete. Señorita doña Carita Menéndez Cayuela. Muy señora mía y distinguida señorita: Adjunta a la presente remito a usted copia de la cláusula del testamento del ya fallecido señor don Rogelio Nogales (que santa gloria haya); cláusula que por referirse a usted, tengo el deber de notificarle como albacea testamentario del precitado difunto, que descansó en el Señor el día veintidós del que corre, víctima de una laringitis estridulosa de carácter crónico, complicada con una afección gastroentérica y afasia parcial del lado izquierdo con tendencia hemorrágica. Sin otra cosa... (Vuelve la hoja.) me ofrezco suyo, con la mayor consideración, Zacarías Lamuela." Y ahora, oye la cláusula del testamento, oye lo inaudito, lo inexplicable... (Leyendo otro papel que saca de un sobre.) "Otorgado ante mí... etcétera... Cláusula del testamento de don Rogelio, etcétera... Otro sí: Y por ser esta mi última y expresa voluntad dispongo que toda mi fortuna, consistente en tres millones de pesetas, pase a mi"



fallecimiento, en usufructo, al Hospital de la Misericordia, fundado por mí en este pueblo; pero..."

TOM.—Fíjate en esto.

VAL.—Ojo al pero. "Pero si mi ahijada, la señorita Caridad Menéndez Cayuela (*Recalcando las palabras.*) que ha de contraer matrimonio en breve, tuviese algún día la desgracia de quedarse viuda, se la pondrá *ipso facto* en posesión de mi antes citada fortuna, y entonces y sólo entonces podrá disponer de todos mis bienes íntegramente, porque es mi voluntad que ella solo pueda disfrutarlos." (*Dejando de leer.*) ¿Qué te parece?

SEG.—¡Qué horror!... ¡De modo que solo puedes ser millonaria cuando seas viuda!

TOM.—Cuando su marido reviente. ¿Has visto enormidad semejante?

VAL.—Y figúrate que hemos abierto la carta delante del novio de esta.

SEG.—¡Pobre chico!... Se habrá quedado...

VAL.—Considera... Se ha puesto pálido, se ha cogido a mi hombro y decía medio llorando: "¡Ay, don Valeriano, qué infamia!... ¡Yo me muero!" Y yo le he dicho: Hombre todavía no; espera a ver, espera a ver...

CAR.—(*Llorando.*) ¡Qué crueldad, sabiendo que estoy para casarme y con lo que quiero a Luis!...

VAL.—(*Con indignación.*) Ese canalla, que en paz descanse, os ha estropeado la felicidad.

SEG.—Hombre, eso...

VAL.—Sí, porque es lo que decía el chico. "Cómo me caso yo ahora con una mujer que no tiene probabilidades de ser rica hasta que a mí me coja una pulmonía doble?"

TOM.—¡Es espantoso!... ¡Dejarle a una mujer tres millones para luto!

SEG.—Y para alivio; porque con esa fortuna es para aliviarse.

VAL.—Para aliviarse y ganar cien kilos.

SEG.—Pero qué se habrá propuesto ese demonio de hombre con un testamento tan extraño?... ¿Qué se habrá propuesto?... Yo no comprendo...

CAR.—(*Llorando.*) ¿Qué se ha propuesto?... Yo bien lo sé, yo bien lo sé.

TOM.—(*Asombrada.*) ¿Que tú lo sabes?

CAR.—Sí; yo bien lo sé, mamá, y quería callarlo, como lo he callado hasta ahora; pero...

LOS TRES.—(*Estupefactos.*) ¿Qué dices?

CAR.—Pero no puedo, no puedo más, y quiero que ustedes lo sepan, que lo sepa todo el mundo; porque este testamento monstruoso es una infamia, una venganza, una venganza cruel de mi padrino. Lo veo bien claro.

VAL.—¡Pero estás loca?

LOS TRES.—(*Con interés.*) ¿Pero cómo una venganza?

CAR.—Sí, una venganza, no me cabe duda. Me juré callarlo siempre, pero no puedo más. Oigan ustedes. (*Cuando se disponen a ir aparece Genoveva por la puerta del foro.*)

*Dchos y Genoveva.*

GEN.—Los señores de Palomo...

TOM.—¡Ellos!

CAR.—¡Jesús!

VAL.—¡Otra vez! (*Todas estas exclamaciones casi simultáneas y huyendo cada uno hacia la puerta de un cuarto distinto.*)

GEN.—No, si no es que vienen...

VAL.—¿Pues qué es? (*Quedan todos inmóviles en las puertas.*)

GEN.—Que digo que los señores de Palomo han mandado un recado preguntando que cómo siguen las señoritas y que si pueden bajar.

VAL.—Pues díles que estábamos ya casi a las puertas... de la muerte; pero que seguimos un poco mejor, a Dios gracias, y que no bajen. (*Vase Genoveva.*)



CAR.—¡Qué susto!

TOM.—(Con gran interés.) Continúa, hija, continúa.

VAL.—¿Decías que ese testamento es una venganza?

CAR.—Una venganza, estoy segura. Oiganme ustedes y juzguen. A los pocos días de bautizarme emigró mi padrino, recorriendo varios puntos de América, donde hizo su fortuna. En sus cartas me prometía siempre venir a conocerme a su regreso a España, y cumpliendo su palabra, hace dos años se presentó un día en casa. Le acogimos con el natural placer. Nos contó que venía enfermo, pero muy rico. Pues bien, desde el principio de estar mi padrino con nosotros noté que su inclinación hacia mí era extremada, acentuadísima.

SEG.—Oye, oye, oye...

CAR.—Yo, claro está, lo atribuía al natural afecto de un hombre que me había tenido en la pila... ¡Pero sí, pila, pila!... No me dejaba a sol ni a sombra. De día en día su inclinación era más sospechosa.

VAL.—Una inclinación como para dejarse caer de un momento a otro, ¿no?

CAR.—Además, llegó a tenerle a mi novio verdadera antipatía, odio más bien.

TOM.—¡Dios mío!

CAR.—Llegar Luis a casa y marcharse él de mal talante, era cosa de minutos. Yo lo observaba alarmada. Así pasó un mes, y al fin una noche, que había yo salido al balcón a despedir a mi novio sentí la mano de mi padrino apoyarse temblorosa en mi espalda. Me volví asustada. Me impuso silencio.

SEG.—¡Miserable!

CAR.—Y me reveló con palabra trémula, torpe y emocionada, una pasión que él decía frenética, invencible, devoradora.

VAL.—¡Caray con Nogales!

CAR.—Me ofreció casarse conmigo inmediatamente, cedermé todos sus bienes. Me aconsejó que abandonase a Luis, a un mal estudiantillo de medicina, como él llamaba. Me aseguró que me tendría como una reina. Yo, como es natural lo rechacé todo, amable y cariñosamente, pero con una decisión y una energía que no dejaban lugar a dudas. “¿Tanto quieres a ese *guanaju*?”, me preguntó. Tanto, le respondí, que si no me caso con él, moriré soltera. “Basta, me replicó, no se hable más. Te ruego, paloma, que de esto ni una palabrita a nadie.” Y antes de irse, estrechándome la mano con una fuerza que me lastimaba, me dijo sonriendo extrañamente estas palabras terribles: “Yo te prometo que algún día desejarás la muerte de ese hombre.”

TOM.—¡Qué bandido!

VAL.—¡Racaray con Nogales!

CAR.—Desapareció del balcón. Al día siguiente, de madrugada, casi sin despedirse de nosotros, abandonó Madrid y ya no hemos vuelto a verle más. Esto es todo. Y ahí tenéis explicado su testamento.

SEG.—¡Miserable!... La deja tres millones para cuando enviude, suponiendo que por la codicia de ser rica la muchacha va a desear la muerte de su marido.

TOM.—¿Y todo eso por qué lo callaste?

CAR.—¿Y qué ganaba con decirlo, mamá?... inquietaros a todos.

SEG.—Tiene razón la chica.

VAL.—¡Pero qué canalla!... ¡Qué bandido!... Mira, a mí no me ha gustado nunca levantar muertos, pero créete que de buena gana resucitaría a ese bandolero para... para tener el gusto de costearle otras exequias, hombre. ¡Se merecía el duplicado!

SEG.—Sí, hombre, sí; todo lo que digas y algo más...

TOM.—¡Con lo bien que nos hubiesen venido los tres millones, Valeriano!

VAL.—¿Cómo bien? ¡Inmejorablemente! ¡Tres millones y de ese avaro!... Como que desde que he oído a la chica no hago más que pensar qué haríamos, qué inventaríamos, qué tramariamos para burlar esa cláusula y quedarnos con la fortuna de ese canalla.



TOM.—¡Oh, si hubiese un medio!... ¡Si hubiese un medio!... Yo te juro que recurriría a todo... Que todo lo aceptaría... ¡Miserable!...

SEG.—¡Bah, bah, bah, sueños! ¡Como no cases a esta y mates luego al marido!...

CAR.—¡Ay, calle usted, por Dios! (*Empieza a sonar el timbre de la puerta y se escuchan voces de alguien alborotando.*)

TOM.—¡Ay, cómo llaman!

VAL.—¡Qué atrocidad!

CAR.—¡Ay, si es Luis, si parece Luis!...

VAL.—¡Tu novio con ese alboroto!... ¿Qué le pasará?... ¿Se habrá vuelto loco?...

SEG.—Ya le abren, ya le abren... (*Se escucha la voz de Luis, dentro, que viene gritando.*)

LUIS.—¡Carita! ¡Doña Tomasa!

*Dichos y Luis por el foro.*

LUIS.—(*Entrando exaltado, algo descompuesto de ropa, un poco sucio de tierra, pero con expresión alegre.*) ¡Carita! ¡Doña Tomasa! ¡Don Valeriano!... ¡Ay, ustedes al fin!...

CAR.—¿Pero qué te pasa?

LUIS.—¡Ay, que creí que no llegaba!

VAL.—¿Pero qué sucede?

LUIS.—Ya lo contaré... Dejádme respirar... Un poco de agua.

SEG.—¡Beba usted, beba usted! (*Le dan agua.*)

LUIS.—He venido en cuatro zancadas, me he caído dos veces, me ha trompido un tranvía, un automóvil me ha pasado por encima...

TOM.—¡Jesús!

LUIS.—Por encima del sombrero; mire usted cómo lo traigo, una breva. Pero no importa. ¡Felicidades! ¡Albricias!...

VAL.—Pero ¿por qué? ¿Qué sucede?

LUIS.—¡Somos felices!... ¡Somos dichosos!... ¡Todo resuelto!... ¡Todo!

CAR.—¿Pero estás loco?

LUIS.—¡Loco de felicidad, de alegría!... Veréis, veréis... ¡Más agua!

VAL.—(*Se la da.*) ¡Hable pronto!

TODOS.—Veamos. (*Atienden con gran interés.*)

LUIS.—(*Rápido y jadeante.*) Cuando esta mañana se ha recibido aquí la dicha carta del Notario, con esa maldita cláusula del testamento del padrino de esta, ustedes saben que me he quedado hecho un guiñapo; porque he visto que ese señor tira en sus disposiciones testamentarias a que si me caso con esta, mi fallecimiento se celebre con cucuñas, fuegos artificiales y danzas del país; y, francamente, ustedes comprenderán que eso no le hace gracia a nadie. Además, como yo sé por esta, que esa cláusula es la venganza de un despechado, iba yo pensando, cuando he salido de aquí, camino del Hospital... "Dios mío, ese bandido era merecedor de que yo encontrase una añagaza para burlar su perfidia y disfrutar sus millones... ¿Pero cómo? ¡Inspirame, Dios mío, inspirame!..." Y dando vueltas inútilmente en mi imaginación a esa tentadora idea, llego a la Facultad de Medicina. Mi estado de ánimo no era para entrar en clase. Se trataba de patología quirúrgica, y dije: "Si yo entro y me preguntan, meto la pata"; y meter la pata en Patología, con lo bien conceptuado que estoy, no me hace gracia, la verdad. Además yo necesitaba expansionarme con alguien y para esto nadie mejor que mi amigo Hidalgo, y como yo sabía que estaba de guardia como alumno interno en la sala de Santa Susana, pues subí como un rayo al piso primero. Bueno, ustedes saben la amistad fraternal que me une con Hidalgo...

VAL.—Sí, hombre; sabemos que han empezado ustedes la carrera juntos.

LUIS.—Y que juntos la terminaremos este año.

VAL.—Bueno, pero avive, pollo, que la impaciencia nos carcome.



LUIS.—Es que tengo que poner a ustedes en antecedentes de todo, pero avisaré. Pues bien, ustedes saben asimismo que Hidalgo es el muchacho más listo de San Carlos, tanto que hasta las hermanas de la Caridad le llaman en broma “El Ingenioso Hidalgo”. El compone los relojes del Hospital, la instalación eléctrica, el teléfono... El no encuentra charada, logogrifo, salto de caballo ni adivinanza que no solucione. Como que se pone en las tarjetas, pasatiempista de los mejores periódicos de Madrid y provincias. Y además es el autor de ese librito que venden por la calle: “Las dieciseis maneras de no pagar al cañero y que se quede contento.”

VAL.—¡Chico, qué maravilla!

LUIS.—Por eso yo me dije: Si Hidalgo, con el genio que tiene, no nos encuentra una solución, no la encuentra nadie. Y entré en el cuarto de internos. “¿Qué te pasa?, me preguntó al verme tan pálido. ¿Estás enfermo? A tí te ha hecho daño la cena, la patrona, algo...” No; lo que me ocurre es peor que todo eso. Oyelo y pásmate. Y ce por be le cuento lo ocurrido. El me oía con atención profunda. A medida que yo hablaba iba quedando asombrado, estupefacto. Y al final, cuando le dije: ¡Si tú que tienes ese ingenio pudieras hacer que burlásemos los viles propósitos de ese maldito indiano cogiendo sin riesgo sus millones serías un hombre inmenso, piramidal, heroico!... Quedó silencioso, como extático. De pronto me mira fijamente, se le extravían los ojos, se levanta, se pasa la mano por la frente, da una carcajada sardónica y exclama lleno de júbilo: “¡Ay Luis! ¡La solución!... ¡He dado con la solución!... ¡Aquí está!... ¡Ya la tengo! ¡La solución!... ¡La solución!... ¡Sois ricos!... ¡Sois felices!...”

TODOS.—Bueno, ¿pero qué era?

VAL.—¿Qué solución era?

LUIS.—El me dijo esto y añadió: “Corre, vete a casa y di a Carita y a todos que ya sois dichosos, que los tres millones son vuestros. Que inmediatamente voy yo a contarles mi plan para que empecemos a ejecutarlo. Y dando gritos, carcajadas y cabriolas, echó a correr como un loco, por una sala, quitándose la blusa y desapareció por otra. Y yo he venido corriendo a participar a ustedes que tenemos la solución, pero que no sé qué solución es.

VAL.—(Desesperado.) ¡Vamos, era para darle así, hombre! ¡Tenemos en ascuas cinco minutos y luego salimos con eso!...

LUIS.—Pero si es que...

TOM.—(Indignada.) Parece mentira, una cosa tan importante. ¡Hombre. Luis, por Dios!...

LUIS.—Pero, señora, yo...

CAR.—¡No tienes perdón, hijo!

LUIS.—Pero no comprendéis que yo... (Vueven a oírse timbrazos repetidos.) ¡Callarse!... ¡Es él! ¡Es Hidalgo, conozco su voz!... Ya está ahí. (Alto.) ¡Hidalgo!... ¡Hidalgo!...

VAL.—¡Que pase! ¡Que pase! (Se oye a Hidalgo desde lejos.)

HID.—¡Carita! ¡Luis, doña Tomasa!

TOM.—¡Adelante, adelante!

*Dichos e Hidalgo por el foro.*

(Este Hidalgo es un joven listo, simpático, que habla vertiginosamente. Entra jadeante, alborozado.)

HID.—¡Doña Tomasa! ¡Carita!... ¡Don Valeriano!... ¡La solución!... ¡Tenemos la solución!...

TOM.—¿Pero qué dice usted?

VAL.—¿Pero es posible?

HID.—¡Un abrazo!... ¡Ya son ustedes felices! ¡Ya son ustedes ricos!

TOM.—(Abrazándole.) ¡Yo rica!

HID.—(Con efusión.) ¡Muy rica! (Abraza a Carita.) ¡Y usted riquísima!... ¡Pero qué rica!



VAL.—¿De modo que yo?

HID.—(Abrazándole.) ¡Ay, qué rico!

VAL.—(Dándole palmadas.) ¡Hombre, amigo Hidalgo!...

TOM.—¿Pero dice Luis que usted ha encontrado la solución?...

HID.—En cuanto este me planteó el problema, doña Tomasa. Fué una inspiración rauda, súbita, fulminante.

SEG.—¿Pero usted ha encontrado la manera?...

HID.—Todo lo he encontrado, todo, don Segundo. Ya son ustedes millonarios y estos felices y todos dichosos.

LUIS.—(Con alegría.) ¿Lo ven ustedes?... ¿Lo oyen ustedes?...

HID.—El mes que viene, estos casados y con sus tres millones de pesetas. Ustedes restaurarán su acreditado establecimiento de ultramarinos "La Perla Astorgana", en una forma espléndida. Todos los del gremio se morirán de envidia. Servirán ustedes los pedidos en automóvil. Lloverá la parroquia...

VAL.—¿Dice que lloverá!

HID.—¿Que digo lloverá?... ¡Diluviará!... Porque ustedes no saben el gusto que da que le lleven a uno los garbanos en un "Dion Bouton", y que le sirvan el bacalao con besa la mano y los jamones en un estuche.

TOM.—Pero, Hidalgo, esas fantasías...

HID.—¿Cómo fantasías!... Lo primero que tienen ustedes que hacer es comprarse un hotel en la Castellana.

SEG.—Hombre, nosotros...

VAL.—¿Podría ser en Lista, que no es tan húmedo?...

HID.—Donde ustedes quieran; pero un hotel lujoso, espléndido, confortable. (A don Valeriano.) Usted se fumará unos habanos así de largos...

VAL.—¿Caray, qué tamaño!

HID.—Con una faja que diga: "Elaboración especial para don Valeriano Cayuela". Doña Tomasa dará *five cloques thea*.

TOM.—¿Y a quién le tengo que dar eso?

HID.—A sus amistades. Además vivirá usted como una gran señora.

TOM.—Desde luego.

HID.—Y pediremos que le den un título, Marquesa de Coloniales, por ejemplo, que es muy sonoro. Luego, a estilo de dama aristocrática, así como otras han fundado "El desayuno escolar" o "La merienda infantil", usted puede fundar "El piscolabis obrero". Esto siempre da tono.

VAL.—Siempre.

HID.—A don Segundo le vestiremos de levita.

SEG.—Hombre, yo...

HID.—De levita.

SEG.—Bueno, de levita, pero sin faldones, porque es lo que me molesta.

HID.—Eso en las levitas es indiferente. Y este (Por Luis.), fundará una gran clínica, fastuosa, admirable, con todos los adelantos modernos y que dirigiremos los dos. "Doctores Hidalgo y Carmona, especialistas en enfermedades leves". ¿Te parece buena especialidad?

VAL.—Eso; que no se les muera a ustedes nadie, que es muy desagradable.

HID.—Y a todo esto, ustedes tendrán para su servicio particular un magnífico automóvil.

TOM.—¡Ay, qué alegría! ¡Yo con automóvil!

SEG.—Bien, pero descendamos de esos sueños locos y volvamos a la realidad.

TOM.—¿Yo con automóvil!

SEG.—Vuelve a la realidad, Tomasa.

TOM.—Bueno, pero yo no vuelvo a pie; dejadme esta ilusión siquiera.

VAL.—No te apes, Tomasa. (A Hidalgo.) Y ahora, amigo Hidalgo, ¿quiere usted explicar, por todos los santos de la Corte Celestial, qué milagrosa solución es esa que dice usted que se le ha ocurrido?



LUIS.—Pues nada menos que he encontrado la manera de que se queden ustedes legalmente con los millones del padrino de Carita.

TODOS.—(En el colmo del asombro.) ¿Pero es posible?

HID.—¿Que si es posible?... Matemático.

VAL.—¿Pero cómo va a podido usted?...

HID.—¿Ustedes ven que parecía un problema insoluble? Pues verán ustedes qué sencilla, qué ingeniosa y qué fácilmente resuelto.

TODOS.—A ver... a ver... (Gran curiosidad.)

HID.—¿Qué es lo primero que hace falta para que Carita entre en posesión de la fortuna de su padrino?

VAL.—Que se case.

HID.—Perfectamente. ¿Y lo segundo?

SEG.—Que enviude.

HID.—Ahí está.

VAL.—¡Ah! ¿Y la solución es que fallezca aquí el pollo?

LUIS.—Oye, tú...

HID.—No, señor: la solución es que fallezca el marido de esta.

TOM.—¿Pero el marido de esta, no va a ser este? (Por Luis.)

HID.—No, señora.

CAR.—¿Cómo que no?

HID.—Mi proyecto es que esta no se case con este, sino con otro.

SEG.—¿Y matarle después?

LUIS.—Oye, Hidalgo, que desvarías.

VAL.—En casa de Ezquerdo los hay más sensatos.

TOM.—¿Pero nos va usted a proponer un crimen?

HID.—(Riendo.) ¡Ja, ja, ja!... Sabía el efecto que iba a producirles mi proposición. Pero no me importa. Todas esas dudas y recelos, se trocarán en elogios y aclamaciones cuando conozcan mi maravilloso plan.

TODOS.—Bueno; venga, venga.

HID.—Ahí va. Hay en mi Sala del Hospital un enfermo que lleva allí dos meses. Un tal Bermejo; uno de esos mártires de la vida, un poeta muy intenso pero fracasado, vencido como él dice, y a quien tomé verdadero cariño después que me hubo contado su triste historia. Es soltero, natural de Peralejo, provincia de Badajoz, de treinta y cinco años de edad, según la cédula personal que exhibió a su ingreso en el benéfico establecimiento. La afección que aqueja a este individuo se ha hecho incurable, según el pronóstico de las dieciocho eminencias médicas que le han visitado. Padece una bronco-pneumonía, con graves complicaciones cardíacas, porque es epiléptico. Nuestros cuidados han sido inútiles. Los dieciocho ilustres doctores han ensayado con él sus experiencias. ¡Ustedes no pueden imaginarse los ensayos! Ha sido un drama. Y al fin, el pobre Bermejo, después de resistir heroicamente tantos específicos, análisis, sueros y tantas embrocaciones, frotaciones, inyecciones e inhalaciones, ha entrado esta mañana en el período preagónico.

VAL.—¡Ay, Hidalgo, que ya adivino!...

LUIS.—¿Pero acaso intentas?...

HID.—Calma, hombre, calma.

TOM.—Dejadlo seguir.

HID.—¿Qué se busca aquí?... ¿Que Carita sea viuda de su primer matrimonio?...

VAL.—Sí, señor...

HID.—Pues se casa hoy mismo con Bermejo.

CAR.—(Aterrada.) ¿Yo?

HID.—"In artículo mortis."

TOM.—¡Mortis!

HID.—"Mortis". Mañana a todo tirar es viuda, estoy seguro, por desgracia.



Pasado mañana se envía al Juzgado la certificación del matrimonio canónico con los documentos que se precisen. La semana que viene, va viuda, según dispone la cláusula del testamento, reclama la herencia de su padrino, y dentro de un mes se casa con este, y éstos usted, libres felices y millonarios... ¡Eh, qué tal?...

LUIS.—¡Maravilloso, estupendo, formidable!

VAL.—¡Ah, sí, la salvación, la fortuna!... ¡Qué ingenio Hidalgo, qué ingenio!

TOM.—¡Los tres millones nuestros! ¡Ricos, felices! ¡Qué chico! ¡Qué imaginación! *(Lo abraza.)*

SEG.—Pero no ser locos; calma, un poco de calma, ¡Y si ese pobre enfermo, y si ese señor, después de casarse con esta, por una desgracia, digo, ¡ay, Dios me perdone!... por una casualidad se pusiese bueno?

CAR.—Eso digo yo. ¡Y si se pone bueno?

VAL.—¡Qué se va a poner bueno, hombre! Dieciocho médicos visitándole y asistido por este!... Imposible. ¡Si sabrán ellos!...

HID.—No teman ustedes. Tanto es así, que si no nos damos prisa, el pobre Bermejo va no nos servirá.

LUIS.—Bueno, ¿pero tú a ese pobre enfermo?...

HID.—Se lo he dicho todo en una forma discreta, y accedí conmovido y diciéndome: "Dichoso yo, si me voy del mundo haciendo una buena obra." Con las mismas fui al cura, le expliqué el caso, y como él no incurre en responsabilidad, también está dispuesto. De modo que sólo falta la decisión de ustedes. No vacilen, que es la riqueza, la felicidad, el amor. Yo sé que esto es un poco audaz, pero de audaces es la fortuna. Aparte de que los graves problemas no tienen soluciones fáciles. No vaciléis.

LUIS.—No, ¡yo qué he vacilar!

TOM.—¡Ni yo, ni ninguno!

VAL.—De modo, amigo Hidalgo, ¿que usted responde?

HID.—Don Valeriano. No iba yo a meter a ustedes en un callejón sin salida, si no tuviese seguridad. Además, cuando vayamos al Hospital, ustedes ven al enfermo por sus propios ojos y resuelven.

TOM.—Sí sí, desde luego... Pero digo yo una cosa. Para contraer esa clase de matrimonios, ¿qué requisitos hacen falta?

HID.—Yo de eso, no estoy seguro.

VAL.—¿Sabéis quién podría sacarnos de dudas? Nuestro vecino Cárceles, que es Catedrático de Derecho. Un sabio, un verdadero sabio.

TOM.—Pero no olvides que es muy pesado y muy sordo.

LUIS.—Sí, pero por muy sordo que sea, en Derecho Civil, es lo más próximo que tenemos.

TOM.—Pues no perdamos tiempo. Vamos a consultarle. Mientras tú, *(A Carita.)* te arreglas un poco, para irnos en seguida.

LUIS.—¡Ay, Hidalgo, nos salva tu ingenio!

TOM.—¡Yo con automóvil! ¡El pisolabis obrero! ¡Marquesa de Coloniales!

VAL.—Y yo, fumándome cada puro de esta magnitud, tendré que comprarme una boquilla con ruedas, lo estoy viendo.

HID.—¡Riqueza, amor, felicidad!... ¡Vamos, vamos a ver al señor Cárceles! *(Vanse foro don Valeriano, Hidalgo y doña Tomasa.)*

*Carita, Luis y don Segundo.*

LUIS.—¡Pero Carita, pronto, por Dios! ¡Pero no vas a arreglarte?

CAR.—No, Luis, yo no salgo de casa.

LUIS.—¿Qué dices?

CAR.—Nada, que la verdad, yo no me atrevo a cometer esa locura que propone Hidalgo.

SEG.—Y muy bien que haces.

LUIS.—¿Pero qué está usted diciendo?

CAR.—No, Luis, yo no me caso con ese pobre señor.



LUIS.—¡Pero mujer, si es “in artículo mortis”!

CAR.—Todo lo “mortis” que quieras, pero no tengo valor.

LUIS.—Es decir, que te obstinas en rechazar el único medio por el que podemos ser ricos y felices, que te obstinas en que perdamos una fortuna inmensa, en que nuestro amor...

CAR.—No, Luis, no; piénsalo bien. Esto podría dar lugar a inquietudes, a remordimientos, a complicaciones que me horrorizan. Yo me conformo con nuestra modestia, con casarme contigo feliz y tranquila. No ambiciono más.

SEG.—Y mucha razón que tiene la nena.

LUIS.—(Con energía.) Pues no la tiene.

SEG.—(Idem.) Pues sí la tiene.

LUIS.—Pues no, señor, ¡ea!, porque ha llegado el momento de que lo diga todo francamente. Yo, con esa clausulita de tener que morirme para que seas millonaria no me caso...

CAR.—¡Pero Luis!... ¡Pero oye usted!

SEG.—¡Pero hombre!...

LUIS.—No me caso, no, señor... porque yo conozco la vida y sé lo que sucede; mañana nos casamos y pasadas las primeras ilusiones del amor, queda la realidad. Mi profesión es penosa, sobre todo en sus principios. Somos pobres. Tras el matrimonio vienen sus consecuencias; primero un hijo, luego otro, otro después. Crecen las necesidades. Figúrate que no soy afortunado en mi carrera y que hemos de vivir casi sin recursos, miserable y estrechamente. ¿Y quién te dice a tí que ante esa penuria en que puedes ver a tus hijos ante tu agobiadora pobreza, algún día no brillará en el fondo de tu alma el recuerdo siniestro de esos tres millones?

CAR.—Nunca, nunca... ¡Pensar eso de mí!...

LUIS.—Mira, Carita, los seres humanos nos amaremos con locura, pero la humanidad tiene siempre entornada la puerta de los malos pensamientos. ¿No habrá hijo que no haya pensado algún día que su madre no le quiere?... ¡Y ya ves tú!

CAR.—Sí, pero es que yo...

LUIS.—Y luego, suponte que me pongo gravemente enfermo, cosa más que posible y empiezan a decirte tus amigas: “Y menos mal que si se queda usted viuda, coge tres millones.” Y francamente, me molestaría muchísimo ese consuelo anticipado. Y luego, si en realidad te quedaras viuda, joven, hermosa, millonaria, y entonces te casaras con otro... (Muy afectado.) mi recuerdo...

CAR.—(Llorando.) ¡Dice que con otro! ¡Yo con otro!

SEG.—¡Bueno, bueno, no llorar!... ¡Que malos demonios!... ¿Y por qué no hacéis una cosa?

LUIS.—¿Qué cosa?

SEG.—Renunciar a la herencia antes de casaros.

CAR.—Sí, Luis, sí... ¡Eso, eso es una solución!

LUIS.—Tampoco es posible. Eso sería por mi parte un egoísmo bárbaro; porque figurese usted, que naturalmente y sin deseo de nadie, me muero yo antes que esta. ¿Con qué derecho la privo yo a ella y a nuestros hijos de tan cuantiosa fortuna? ¿Tengo yo derecho a esto?

CAR.—¡Dios mío, ese maldito padrino nos ha envenenado la vida!

SEG.—Bueno, mirad, mirad, cuitados. Yo no sabré deciros esto u lo otro como sea preciso, que poco anduve en la escuela; que al trabajo me dí desde bien rapaz en un rincón de Asturias. Pero la vida es la vida y a todas partes llega y a todos enseña, que no hay sino vivirla con buen juicio para saber de ella como el más sabio. Por eso yo quiero deciros ahora que con la felicidad no se juega y menos con lo que ha de ser para siempre y no habría de tener remedio.

CAR.—Tiene razón el tío Segundo.

SEG.—Tres millones a nadie penan, ¡qué demonio! ya lo sé; que en tales tiempos como los que vivimos son una tranquilidad. Pero ha de mirarse cómo se



logran, que si es a costa de un mal vivir para nada valen; que siendo dichosos, una peseta nos es una alegría... Pero en una vida sin remedio amarga, ¿de qué sirven cien fortunas? Eso tiene que mirarse en este mundo y nada más.

CAR.—¡Muy bien dicho!

LUIS.—Muy mal dicho, y si son esas tus ideas y propósitos, hemos terminado, porque yo no me caso.

CAR.—Pero Luis...

LUIS.—Que no me caso y no me caso ¡vaya! Tu miserable padrino se ha salido con la suya.

SEG.—¡Ah, qué maldito hombre!... Cuando contó con la codicia humana, no erró en la cuenta.

CAR.—Pero Luis reflexiona...

LUIS.—¡Y hemos terminado, ea!... No me caso, no; no me caso.

CAR.—No, por Dios, no te incomodes, Luis, Antes que eso ¡todo!... Yo haré lo que queráis; pero conste que si lo hago...

*Dichos, doña Tomasa, don Valeriano e Hidalgo por el foro.*

TOM.—¿Pero de qué discutís?

VAL.—¿Qué voces son estas?

HID.—¿Qué pasa?

LUIS.—Nada; Carita que se niega a aceptar el plan de Hidalgo. ¡Figúrense ustedes!...

VAL.—¿Cómo que se niega?

TOM.—¿Pero tú estás loca?

HID.—Es decir, que prefiere usted la ruína, terminar sus relaciones con Luis...

CAR.—¿Yo, cómo voy a preferir eso?... pero es que...

TOM.—Anda, anda a vestirme y no perdamos tiempo. Salir ahora con esas...

¿Te iba yo a dejar hacer un disparate?

VAL.—¿Ibamos a consentir tu desgracia para siempre?

CAR.—Pero si es que...

SEG.—No les hagas caso, Carita, que están ciegos.

VAL.—Mira, Segundo, tú te metes en tu cuarto que es donde tienes jurisdicción cuando estás solo.

SEG.—¿A mi cuarto?... Bueno, allá me voy, haced lo que os dé la gana. ¡Que no tengáis que venir a él a busarme es lo que deseo! (*Vase con Carita.*)

*Dichos, menos don Segundo y Carita. Luego Genoveva.*

LUIS.—(*A don Valeriano.*) Bueno, y a todo esto ¿qué ha dicho el señor Cárcel?

VAL.—Pues nos ha dicho que en esta clase de matrimonios, que son muy sencillos, basta la voluntad expresa de los contrayentes, manifestada ante un sacerdote y dos testigos y que se envíe al Registro Civil antes del décimo día el acta matrimonial.

HID.—Lo que yo me figuré.

TOM.—Nada, una cosa sencillísima.

VAL.—Pero ha añadido, y esto es lo grave, que ahora mismo pasará él a corroborarnos su opinión con copiosos textos. Excuso decirlos, Cárcel aquí con copiosos textos, su sordera y su pesadez.

LUIS.—Es preciso que nos vayamos antes que venga a corroborarnos nada.

GEN.—(*Por el foro.*) Los señores de Palomo están aquí.

VAL.—¡Atiza! ¡Otra vez!

TOM.—¡Virgen santa!... ¿Qué hacemos?

GEN.—¿Les digo que se vayan?

VAL.—No, diles que pasen. Es mejor entretenerlos aquí, porque como hemos de salir a escape, si nos cogen en la escalera nos dividen. Les dices que pasen, cierras esa puerta y los entretienes, mientras nosotros nos vamos rápidamente y de puntillas.



TODOS.—Muy bien, muy bien.

TOM.—Por aquí, en silencio. (*Vanse menos don Valeriano.*)

GEN.—(*A don Valeriano, que le ha detenido cuando se iban.*) Bueno, pero ¿qué les digo?

VAL.—Pues les dices que las señoras siguen mal, que yo he salido por un médico, que me esperen... Y cuando se cansen que se vayan. (*Vase.*)

*Genoveva, don Simón, doña Polonia y Socorrito, por el foro.*

GEN.—Bueno, ¿y cómo entretengo yo a estos señores? (*Va al foro.*) Pasen, pasen ustedes. (*Entran.*)

PAL.—¿De modo que dices que las señoras?...

GEN.—¡Ay, si vieran ustedes!... Siguen tan delicadas las pobrecitas...

PAL.—¡Caramba, caramba caramba!... una cosa que parecía leve...

POL.—Nosotros sentiríamos molestar, pero los sacrosantos deberes de ve-cinidad...

GEN.—No, por Dios, señora; nada de molestar. Los señores están en su casa. Siéntense.

PAL.—¿Y don Valeriano?

GEN.—Está en su casa... que vive un médico en el piso de arriba y ha ido por él. Siéntense ustedes.

PAL.—Pero el médico de antes, ¿qué ha dicho?

GEN.—Pues verá usted: el médico de antes ha dicho lo que dicen todos los médicos, "que si tal, que si cual, que si fué, que si vino, que ya veremos y que por lo pronto, a dieta."

POL.—¿A dieta?

PAL.—¿Pero láctea?

GEN.—No señor, caldosa.

PAL.—Bueno; pero todo este trastorno, ¿a qué ha obedecido, Genoveva?... porque antes nos fuimos sin poder averiguar nada.

GEN.—Pues verán ustedes... Yo se lo contaré...

POL.—Caramba, a ver si ahora... Dí, dí...

GEN.—Pues todo ello ha sido, ¿saben ustedes?, que esta mañana, cuando nos hemos levantao, ¿entienden ustedes?... serían poco más de las ocho, ¿comprenden ustedes?... Cuando llaman a la puerta y va la señora y dice... (*Suena el timbre.*) Con permiso. Perdonen ustedes un momento, que voy a ver quién es. (*Sale.*)

PAL.—¡Demontre!... ¡Otra vez!...

SOC.—¡Jesús! Está de Dios que no lo averigüemos.

POL.—No, ahora sí, ahora sí... Esta chica es muy expansiva. Esperemos que vuelva. (*Se sientan.*)

*Dichos y el señor Cárceles, foro.*

(*Viene en traje de casa. Es un señor un poco extravagante, muy sordo. Representa sesenta años de edad. Trae cinco o seis libros de gran tamaño.*)

CARC.—(*Entrando y saludando.*) Tanto gusto. (*Deja los tomos.*)

POL.—¡Pero si es nuestro vecino!

PAL.—¡Caramba!... ¡El señor Cárceles!... (*Se levanta.*) Señor Cárceles...

CARC.—(*Se pone las gafas.*) ¡Hola!... ¿Pero eran ustedes?... No había reparado. ¿Qué tal, doña Polonia?

POL.—Muy bien, ¿y usted?

CARC.—Usted siempre tan amable, tan simpática, tan bella...

POL.—Muchas gracias. (*Aparte.*) Qué sordo más atento.

CARC.—Y usted, don Simón, siempre tan amable, tan simpático, tan discreto.

PAL.—¡Por Dios!...

CARC.—(*A Socorrito.*) ¡Y esta niña cada día más monísima! Caramba, ¿pero por qué la han puesto ustedes de largo?

PAL.—Porque ya tiene dieciocho años.



CARC.—¡Qué importa!... Estas niñas precisamente cuando empiezan a tener algún interés estético, alargárlas. ¡Qué lástima!

PAL.—¿Y usted, cómo con tanto libro?

CARC.—¿Eh?

PAL.—(Señalando los tomos.) ¿Que cómo con eso?

CARC.—¿Que con qué como?

PAL.—(Muy fuerte.) ¿Que cómo se viene usted aquí con la Biblioteca Nacional?

CARC.—¡Ah, sí!... (Sonriendo.) Pues ya sabrán ustedes lo que pasa.

POL.—¡Qué vamos a saber!... Llevamos dos horas queriéndolo averiguar y ni esto.

PAL.—Nosotros no sabemos más sino que se han puesto muy enfermos.

CARC.—(Con interés.) Ya lo supongo y debe ser la cosa muy grave.

POL.—¿Cómo grave?

CARC.—Gravísima, gravísima.

LOS TRES.—¿Pero qué dice usted?

CARC.—Yo lo deduzco por lo que me han dicho a mí.

PAL.—¡Demonio! (Muy alto.) ¿Pero qué le han dicho a usted?

CARC.—Yo he sido consultado y vengo requerido como jurisconsulto, porque se va a celebrar aquí un matrimonio "in artículo mortis".

PAL.—(Aterrado.) ¿Pero qué está usted diciendo?

CARC.—"¡Mortis!"

POL.—¿Pero dice usted "mortis"?

CARC.—"Mortis, mortis".

PAL.—¿Entonces el enfermo?

CARC.—Debe estar "in extremis".

PAL.—¡Mecachis!... pues esto es más grave de lo que suponíamos.

CARC.—Ya se lo he dicho a ustedes.

POL.—Pero diga usted, señor Cárcel, quién está "in extremis"?... ¿Doña Tomasis, digo doña Tomasa, Carita, o quién?

CARC.—Creo que el contrayente.

PAL.—¿Pero quién es el contrayente?

CARC.—El que contrae.

PAL.—Ya lo sabemos. ¿Pero digo que qué persona y además qué motivo, qué objeto tiene ese matrimonio?

POL.—Eso es lo que queremos saber. Si usted pudiera decirnoslo...

CARC.—Con mucho gusto. Yo se lo explicaré todo. Vengan vengan...

LOS TRES.—¡¡¡Por fin!!!

CARC.—(Abre uno de los libros.) El gran Modestino, eminente legislador romano, comprendió los caracteres esenciales del matrimonio "in artículo mortis", definiéndolo de esta manera. "Coniunctio maris et femine, consortium omnis vite divine et humani, juris communicatio"...

POL.—¡Pero hable usted el castellano, hombre, que no entendemos!

CARC.—¡Pero señora, por Dios! ¿Pero cómo va a hablar en castellano el gran Modestino?

PAL.—Déjalo. Está visto que resueltamente no averiguamos nada.

POL.—¿Cómo que no averiguamos nada?... Esto es ya cuestión de amor propio. Bájate a la tienda y sube unos fiambres... porque yo no me muevo de aquí hasta que lo averigüe.

SOC.—Ni yo. (Se sientan.)

CARC.—(Que ha estado volviendo hojas.) ¡Ah, y si lo quieren ustedes más claro, oigan lo que dice San Pablo en su Epístola a los Corintios... "Quod si infidelis, discedit, discedat, non enim servituti",



POL.—No se moleste más. Que diga San Pablo lo que quiera. Pero a mí como no me lo diga uno de la casa no me voy.

CARC.—(*Sigue con el latín.*) "Subjectus est fraterant in hujus modi...  
(*Telón lento.*)

## ACTO SEGUNDO

*Un despacho amueblado con modestia. Al foro un balcón. A la derecha dos puertas. Otras dos a la izquierda. Entre estas dos últimas puertas, la mesa de despacho. Sobre ella, en el testero, un reloj. En el centro de la habitación una mesita volante. Una gran librería. Cortinajes. Aparato de luz en el centro y portátil encima de la mesa. Es de día.*

*Doña Tomasa, don Valeriano y don Segundo. Don Valeriano tiene sujetas las puertas del balcón y por el espacio que deja entreabierto miran los tres con gran curiosidad y emoción.*

TOM. y SEG.—¿Pero es él?

VAL.—Sí es él; no lo dudéis, es él... Miradle allí parado.

TOM.—¡Por Dios, no abras tanto el balcón!

VAL.—(*A Segundo.*) ¿Lo ves tú?

SEG.—¿Es aquel de negro, verdad?

VAL.—Sí, aquel de negro, de cara lívida, de figura esquelética, de ademanes trémulos... ¡Aquel es!...

TOM.—Ahora vuelve a pasar...

VAL.—Dirige su mirada a estos balcones... Se para en la carnicería, contempla el cerdo colgado a la puerta, nos mira a nosotros, sonríe con extraña sonrisa, como el que ha encontrado un parecido. Reanuda su paseo.

SEG.—(*Aterrado.*) ¿Pretenderá subir?

TOM.—(*Con espanto.*) ¡Calla, por Dios!... Si Carita lo viese delante, moriría sin remedio.

VAL.—Pues para algo pasea por enfrente de estos balcones. Yo temo cualquier audacia de ese hombre fatídico.

SEG.—Hay que prevenir a Genoveva que no abra la puerta a nadie.

VAL.—¡Callad!... Parece que nos hace señas.

SEG.—Cierra el balcón. (*Don Valeriano cierra.*)

VAL.—¡Esto que nos sucede es lo más espantoso, lo más trágico que puedo soñar la imaginación humana!

TOM.—¡Ay, qué veinte días de amargura, de angustia, de sufrimientos, llevo pasados!... ¡Han sido mi martirio, mi expiación! ¡Yo no puedo, no puedo más!  
(*Cae llorando en un sillón.*) ¡Es horrible mi pena! ¡Horrible! ¡Horrible!



SEG.—¡Por Dios, más bajo, que puede oírnos Carita!

TOM.—(*Bajando la voz.*) ¡Yo, haber sido yo misma la que he acarreado a mi hija una desgracia irreparable!... ¡Yo, que tanto la quiero!

VAL.—(*Desesperado, llorando.*) ¡No, Tomasa, no! ¡Yo fui, yo he sido el alocinado, el insensato que os indujo, que os precipitó en esta desdicha tan espantosa! ¡Yo, yo!... (*Se golpea.*) ¡Miserable de mí!... ¡¡Yo!! ¡¡Yo!!

SEG.—¡Por Dios, Valeriano, que te saltas un ojo!

VAL.—¡Que me salte lo que me salte!... ¿Qué falta me hace a mí un ojo para ver lo que estoy viendo?

SEG.—¡Más bajo, por Dios!

VAL.—(*En voz baja y siniestra.*) ¡Ah, pero yo te juro que he de hacerme justicia, y como esto no se arregle yo me arrojo por el balcón y me rompo el cráneo contra los adoquines!

TOM.—No, Valeriano, que no se rompería...

VAL.—¿Crees tú?...

TOM.—Que no se rompería solo; porque si tú murieses, ¡qué iba a hacer yo en el mundo con esta pena y este remordimiento!

VAL.—¡No, no; Tomasa; no, no!... (*Se abrazan.*)

SEG.—Bebe agua; hombre, bebe agua. A ver si te pasa el hipo. ¡Y no llorar; qué demonio! Esto tenía remedio cuando os lo tuve advertido; pero ahora con lágrimas nada se compone, porque ante una tal cosa, tan tremenda como esta, lo que hace falta es energía, serenidad, resolución.

*Dichos y Genoveva, por primera izquierda.*

GEN.—(*Entra de puntillas.*) ¡Chist, por Dios, señorita, griten ustedes en voz baja, que sino la señorita se va a enterar de todo.

SEG.—Ya se lo estoy diciendo.

TOM.—Y dime, Genoveva, ¿qué hace?... ¿Qué hace mi pobre hija?

GEN.—Vistiéndose para irse a casa de los señores de Botella, como usted la mandó.

TOM.—Sí, es preciso que esta tarde se la lleven engañada a su finca del Escorial. ¡Por Dios, que se vista pronto, que se vaya a escape! En ti confío.

GEN.—Eso estoy procurando.

VAL.—Y sobre todo, Genoveva, mucho cuidado con la puerta. No abras a nadie sin avisarnos.

SEG.—Ya sabes que anda por la calle él...

GEN.—Lo he visto desde el balcón. ¡Qué horror!

VAL.—¡Y ella que le cree!... ¡Considera si lo viese aparecer de pronto!...

GEN.—¡Qué espanto! No me lo diga usted. ¡Jesús! ¡Jesús! (*Vase primera izquierda haciendo cruces.*)

TOM.—¡Ay, Dios mío, quién iba a pensarse esto! ¡Quién iba a figurárselo!

VAL.—Ha sido una horrible, una espantosa fatalidad, que parece un sueño de fiebre.

SEG.—Pero es que vosotros, cuando fuisteis al Hospital, ¿no adivnásteis que aquel hombre pudiera?...

VAL.—¡Qué íbamos a adivinar!... ¡Ha sido un timo, Segundo, ha sido un timo!... ¡Tú no sabes!... Que te diga esta. Cuando llegamos al borde de su cama, yo creí que había fallecido. Color terroso, pupilas vidriosas, cara hipocrática... Pero no. Hidalgo le tocó en el hombro; él abrió los ojos trabajosamente, nos miró e hizo un signo afirmativo, como queriendo decir: Venga lo que sea, pero prontito, que esto se acaba. A indicaciones del sacerdote le dió la mano a Carita, la miró con la mirada turbia del moribundo, les echaron la bendición, y aquel desgraciado, como rendido a un último esfuerzo, hundió la cabeza en la almohada, cayendo en una especie de colapso intensísimo. Hidalgo dijo: "Esto ha terminado", y le tapó la cara con la sábana. Y nos íbamos ya, silenciosos y entristecidos, cuando de pronto aquel hombre se destapa y nos dice con voz quejumbrosa...



brósa: (*La imita.*) "Señores, ya que he hecho a ustedes este favor, pídánle a Dios que me dé salud."

TOM.—Aquello nos dejó helados.

VAL.—Le dijimos que bueno, que sí; pero ya comprenderás que nos fuimos resuertos a no peñar semejante cosa. Dios nos perdone.

TOM.—Y cual no sea nuestra consternación cuando a la mañana siguiente nos contó Hidaigo que al finnos nosotros aquel hombre le cogió la mano y le dijo: "¡Ay, que guapa es mi señora!" Y que desde aquel momento empezó a amarse, a revivir, a mejorar, como si hubieran echado aceite en un candil.

VAL.—¡Aceite!... Segundo, aceite... Y cuando aun no han transcurrido ni cuatro semanas, le tienes paseando por esas calles con una salud y una gallardía que la estatua de Colón es un sarmento comparada con él.

SEG.—¡Que horror, Madre de Dios!

TOM.—Y ahí tienes a mi pobre hija casada sin pensarlo, soltera sin serlo y viuda sin poderlo ser.

VAL.—¿que es un estado civil que no se le ha ocurrido ni a Novejarque.

SEG.—¡Valgame Dios, que desdicha!... ¡Pero ese hombre!...

VAL.—(*Con tremenda ira.*) ¡Haberse puesto bueno!... ¡Era para matarlo!

(*Suena el timbre.*)

LOS TRES.—(*Muy asustados.*) ¡Jesús!

SEG.—¡Llamaron!

VAL.—¿Será él?

TOM.—(*Aterrada.*) ¡Calla, por Dios!

GEN.—(*Sale muy asustada, tartamudeando.*) Han lla... lla... han llamado.

TOM.—Ya lo hemos oído.

GEN.—¿Será el mama... el mamarido de la sese... seseseñorita?...

SEG.—¡Chist, por Dios, más bajo!

VAL.—Por si acaso, ten precaución, y si es un señor pálido, delgado, cadavérico, más alto que yo...

SEG.—Más bajo...

VAL.—Más alto...

SEG.—Bueno, más alto, pero que no se oiga.

VAL.—(*Bajando la voz.*) ¡Ah, sí, es verdad!... Pues bien, si tú, al mirar por la rejilla, ves que es un señor de esas señas, no le abras y avisame.

GEN.—Descuide usted. (*Vase.*)

TOM.—¿Dios mío, será él?... ¡Estoy muerta!

VAL.—¡Y yo!

SEG.—¡Cama, por Dios; no tembléis de ese modo!

VAL.—¡Es que si fuera!...

GEN.—(*Entra vacilante.*) ¡Ay!... ¡Ay!...

LOS TRES.—(*Con ansiedad.*) ¿Quién es?

GEN.—(*Que tartamudea.*) El papa...

VAL.—¿Eh?

GEN.—El papa... el papanadero. ¡Que es que yo también he pasado un susto que tengo un temblor que no puedo!... Es el papanadero.

TOM.—Bueno, pues dile al papanadero que deje seis bonetes y una bizcochada y que vaya con Dios, porque el susto ha sido para...

GEN.—Es que además de venir a dejar el pan me ha entregado para ustedes una carta que dice que le ha dao en la calle un señor de luto, flaco, amarillo...

TOM.—¡Eh!

VAL.—¡Una carta suya!

GEN.—Eso me pense yo. Le ha preguntado si venía a casa de los señores de Cayuela y le ha suplicado que la subiese.

SEG.—A ver, tráela, tráela.

TOM.—¿Qué nos dirá ese hombre?



SEG.—El sobre dice: “Señor don Valeriano Cayuela.”

VAL.—¡Para mí! Trae, trae, a ver. “Señor don Valeriano Cayuela. Mi involuntario y querido tío.” ¡Llamarme tío a mí!...

SEG.—Y menos mal que te llama involuntario.

VAL.—(*Leyendo.*) “Penetrado del espantoso, del tremendo, del inaudito, del estupefaciente...” ¡Caray! ¿Dónde acabarán los adjetivos?... (*Vuelve la carilla y mira hasta el final.*) ¡Ah, sí, aquí!... “Del insólito conflicto en que mi lamentable resurrección les ha hundido a ustedes, deseo que me reciban ahora mismo. Tengo un medio para resolverlo todo satisfactoria y urgentemente, pero necesito su aprobación.”

SEG.—¿Que tiene un medio?...

TOM.—(*A don Valeriano.*) Sigue, sigue...

VAL.—(*Leyendo.*) “Comprendo que estarán ustedes inconsolables con mi restablecimiento, pero no pasen cuidado alguno. Esta mejoría no tiene importancia. Cosa de una semana. No se aflijan. Espero una indicación para subir. Le saluda efusivamente su desfallecido e imprevisto sobrino, Lázaro Bermejo.” ¡Imprevisto sobrino!...

SEG.—¡Y tan imprevisto!

TOM.—¡Quiere subir!

VAL.—¿Y qué hacemos?

TOM.—Yo no lo recibiría.

SEG.—¿Y cómo negarse? ¿No ves que tiene todos los derechos, que puede exigirlo?

TOM.—Sí, es verdad, es verdad...

VAL.—Además, yo considero que es mejor que le veamos cara a cara; que sepamos lo que intenta, lo que pretende, lo que exige...

SEG.—Sin duda ninguna. Ahora, que es preciso aguardar a que Carita se vaya. Tú haz a ese hombre una señal para que espere.

TOM.—Y nosotros vamos a meter prisa a la niña para que se marche a escape. (*Vanse doña Tomasa y don Segundo.*)

*Don Valeriano, Genoveva que sale. Luego Luis, primera derecha.*

VAL.—(*Leyendo.*) “...Esta mejoría no tiene importancia...” No, una friolera... “Mi lamentable resurrección...” ¡Y tan lamentable!... “Lázaro Bermejo.” ¡Y llamarse hasta Lázaro!... Si debimos sospecharlo. (*Yendo hacia el balcón.*) ¿Por dónde andará ese imprevisto?... (*Mira.*) ¡Ah, allí le veo! (*Le hace señas.*) Aguarde... Aguarde... Creo que me habrá entendido.

GEN.—(*Entra con el pan.*) Don Valeriano, el señorito Luis acaba de llegar.

VAL.—¡Luis! ¿Le has dicho que pase?

GEN.—Ya se lo he dicho. Está quitándose el abrigo. Viene que da lástima. (*Vase.*)

VAL.—¡Pobre chico, se está quedando en los huesos! Vendrá con su locura de todas horas, con su obsesión de matar a Hidalgo, a quien cree el único causante de nuestra desdicha.

LUIS.—(*Con trágica desesperación.*) ¡Ah, no; no lo he encontrado, pero no importa! Yo lo mato.

VAL.—¡Luis, por Dios!

LUIS.—¡Lo mato donde lo encuentre, don Valeriano; en la calle, en el café, en el teatro, donde sea! ¡Lo mato sin remedio!

VAL.—¡Pero hombre, déjate de esa manía!

LUIS.—No, no es manía, es un propósito firme, decidido, inquebrantable, don Valeriano. Yo mato a Hidalgo donde lo encuentre. Por estas cruces. ¿No nos metió él en este trance horrible, amargo, irreparable?... Pues que nos saque.

VAL.—¡Que vas a volverte loco!

LUIS.—Y si no nos saca lo mato donde lo encuentre. Llevo siete balas en la



bronnig. Las siete se las meto en el cuerpo... ¡las siete! (Da el reloj las once.)  
¡Las siete!

VAL.—No, hombre, las once.

LUIS.—Bueno, las once; pero las siete.

VAL.—¡Pero cálmate, Luis!

LUIS.—¡Pero si no puedo, no puedo calmarme!... ¿Pero cree usted que hay desgracia como la mía?... Estar enamorado de mi novia y haberla casado con otro ¡yo mismo!... Y encontrarme ahora conque tengo relaciones con una mujer casada, que se cree viuda, pero que es soltera sin dejar de ser viuda y siendo casada al mismo tiempo!...

VAL.—¡Por Dios, Luis, que te haces un ovillo!

LUIS.—Y todo por culpa de ese canalla de Hidalgo... ¡Ah, vengo de su casa! Le dejé un recado definitivo. O viene dentro de una hora y lo arregla todo satisfactoriamente, o a la noche va su familia de luto riguroso.

VAL.—¡Pero no sueñes, Luis! ¿Cómo lo va a arreglar el pobre muchacho? Luis.—Como pueda; que robe el acta matrimonial del Registro Civil, que pida en España el establecimiento del divorcio, que obligue a Bermejo a morirse... lo que quiera; pero que me devuelva a Carita soltera, o por lo menos viuda.

VAL.—Vamos, sé razonable, Luis, sé razonable... Comprendo que la situación es espantosa, desgarradora... ¿pero qué se consigue con agravarla?...

LUIS.—¡Ay, don Valeriano; es que ahora cuando yo venía por la calle, venía pensando en que esta situación puede tener unas complicaciones que estremecen!

VAL.—¿Cuáles?

LUIS.—Que creo que han hecho ustedes un disparate con decirle a Carita que ese señor ha muerto.

VAL.—¿Pero qué querías que hiciésemos?... En cuanto ella vió que pasaban cuarenta y ocho horas y no le decíamos que había enviudado, le entró un sobresalto que se puso a la muerte. No hacía más que llorar; no hablaba, no comía. Y por la noche, cuando su sueño parecía más sosegado, de pronto se despertaba gritando acongojada: "¡Que viene mi marido!... ¡Que viene mi marido!" Si no le decimos que Bermejo ha muerto, se muere ella sin remedio.

LUIS.—Pero y si ese hombre viene algún día a esta casa y ella le ve... ¿Qué va a pasar?

VAL.—¡Calla, por Dios!

LUIS.—Va a creer que es un aparecido; una visión sobrenatural...

VAL.—¡Hombre, sobrenatural no te diré, pero una visión!... En fin, Luis, esa idea tuya ha sido un presentimiento.

LUIS.—¿Pues?

VAL.—Lee la carta que acabamos de recibir de ese hombre. (Se la da.)

LUIS.—¡Jesús!... ¿Pero qué dice?... ¡Quiere subir! ¡Ese hombre en esta casa!... ¡No, no, nunca; no puede ser! Yo me opongo.

VAL.—Luis, no olvides que es el marido de tu novia. Que lo que suplica, puede exigirlo.

LUIS.—¡Dios santo!

VAL.—Que podría llevarse hasta a Carita si quisiera.

LUIS.—¡No; eso sí que no! ¡Antes se me tendría que llevar a mí!

VAL.—Además, es mejor que hablemos con él, que busquemos un arreglo de común acuerdo. Porque acá, para *internos*, yo creo que es necesario que ese hombre desaparezca.

LUIS.—(Asustado.) ¡Don Valeriano!...

VAL.—Que desaparezca en el buen sentido. Que se vaya de España; que se marche a América...

LUIS.—¿Quiere usted mandarlo al otro mundo?

VAL.—Hombre, yo... (Timbre.) Lllaman. (Sale Genoveva.)

GEN.—¿Abro?



VAL.—Si es él, me avisas. (*Vase Genoveva.*) Espera a ver. Temo que se impaciente, y si sube antes que se vaya Carita...

LUIS.—¡Calle usted, por Dios!

GEN.—(*Apareciendo.*) El señor Hidalgo. (*Vase.*)

*Dichos e Hidalgo.*

LUIS.—(*Frenético.*) ¡El!... ¡Por fin! (*Saca la pistola.*)

VAL.—¡Por Dios, Luis, que agravas el conflicto!

LUIS.—¡Déjeme usted!... ¡Lo mato, lo mato!

VAL.—¡Que te pierdes para siempre!

HID.—(*Asomando la cabeza.*) ¡Sujételo usted don Valeriano!...

LUIS.—¡Entra, entra; miserable, canalla!

HID.—Atelo usted, don Valeriano... (*Se oculta.*)

VAL.—¡Por Dios, Luis, trae esa arma! (*Se la quita.*)

HID.—(*Asomándose.*) Se puede...

VAL.—Adelante.

HID.—Se puede soltar, átelo usted. (*Entra con miedo.*)

LUIS.—(*Todavía sujeto.*) ¡Tú, infame, bandido; tú nos has hecho caer en este trágico cepo en que nos vemos!

HID.—(*Afligidísimo.*) ¡Pues no dice que yo!...

LUIS.—¡Tú; tú solo eres el culpable! ¡Tú, tú!

VAL.—(*Sentando a Luis.*) ¡Déjalo ya, Luis, déjalo!... No le hagas nada. (*Le amenaza él con un puñetazo.*) Aunque la verdad es que por culpa de usted nos... (*Le amaga de nuevo. Pausa.*) En fin... (*Vuelve a amagarle.*) ¿Cómo están en casa?

HID.—Pues figúrense ustedes cómo estarán, don Valeriano; consternados... Consternados con el recado que me dejó ese bárbaro en la portería, de que si no venía a arreglar esto hoy mismo, que mañana estaría en la Sacramental de San Lorenzo de alumno interno. (*Casi llorando.*) ¡Pero interno en un sarcófago!

LUIS.—¡Y te lo repito, canalla!... ¿Pero tú sabes lo que has hecho?

VAL.—¡Por Dios, Luis, déjalo ya!...

HID.—¡Y qué culpa tengo yo!... Vuestra desgracia la lamento como algo muy mío, sí, señor. (*Llorando.*) ¡Pero qué me llevó a mí a aconsejaros sino el deseo de veros ricos y felices!...

VAL.—Sí, nosotros comprendemos la intención, pero el resultado ha sido para... (*Le amenaza.*)

HID.—(*Que a cada amenaza intenta huir.*) Y qué culpa tengo yo que haya sujetos que se caigan de un quinto piso y en vez de irse al depósito, insulten a los transeuntes?

VAL.—¿Pero la ciencia no pudo prever?...

HID.—¡Qué ciencia, don Valeriano!... Mire usted si será mala la enfermedad que tenía Bermejo, que de nueve casos he visto morir a diez.

VAL.—¿De nueve, diez?

HID.—De nueve, diez, sí, señor; porque el último caso fué un albañil cuya mujer murió también de sentimiento. Ustedes no saben lo que yo he sufrido desde que ese farsante anda por el mundo. Yo no como, yo no duermo. Por cierto que en cuanto le vea el doctor Ponce, dice que le da un estacazo, porque a él no le pone nadie en ridículo... Y le había firmado ya la papeleta. Dice que esto ha sido una estafa científica.

VAL.—Es para darle el estacazo.

HID.—En fin, tanto me preocupa la situación de ustedes, que hace quince días que estoy pensando en buscar un medio ingenioso para solucionar el conflicto.

VAL.—(*Vivamente.*) ¡No, no, por Dios! No, gracias; que si da usted con otra cosa ingeniosa, estallamos.

HID.—Sí, claro; me explico el recelo, la desconfianza que inspiro; pero no me importa. Yo trabajaré en la sombra. Yo encontraré una solución.



LUIS.—(*Frenético. Cogiéndole de la mano.*) Sí, sí; es preciso que la encuentres, pero hoy, hoy mismo; Bermejo va a venir.

HID.—¿Va a venir aquí?

LUIS.—Aquí. Tú lo oyes y resuelves lo que quieras. Porque como ese hombre pretenda hacer efectivo el matrimonio, yo te pego un tiro a tí.

HID.—¡Pero, Luis!

LUIS.—Por estas cruces.

VAL.—Silencio.

*Dichos, doña Tomasa, don Segundo. Luego Carita. Todos primera izquierda.*

TOM.—Chist... Por Dios, callad, que viene Carita.

SEG.—Poneos alegres. Sonreid. No tengáis esas caras. Sonríe, Valeriano.

VAL.—No sé si podré. Pero en fin. (*Sonríe.*)

SEG.—Oye, no sonrías con ese gesto, que das miedo.

TOM.—¡Alegría, alegría, por Dios! (*Sonríen con esfuerzo.*)

CAR.—(*Viste de luto.*) ¡Hola! ¿Pero Luis, tú aquí?

LUIS.—Sí; hace un momento. Me habían dicho que estabas aviándote para salir y no he querido que te avisaran para no precipitar tu *toilette*.

CAR.—Muy mal hecho, ¿verdad, tío?

VAL.—Claro que sí... ¡je, je, je!

HID.—¡Carita! (*La saluda.*)

CAR.—Ya era hora. Yo decía, ¿qué le pasará, que no viene por esta casa?

HID.—El miedo... el miedo a importunarles.

VAL.—Y que creo que este, (*Por Luis.*) le había citado para las siete, y eso de las siete le astuta. ¡Como no es madrugador!

LUIS.—Y tú, qué, ¿estás ya más tranquila, Carita?

CAR.—Sí ahora ya estoy tranquila. ¡Pero hay, Luis, qué días he pasado!

LUIS.—¡Todos los hemos pasado, todos, hija mía!

CAR.—Pero, en fin, ahora ya, descontada la desgracia de aquel pobre señor, que en paz descanse, ya nos sonríe la felicidad, ¿verdad, Luis?

LUIS.—Todo, todo nos sonríe, Carita.

SEG.—(Valeriano, que nos sonríe todo, no te quedas tan serio.)

VAL.—(*Forzadamente.*) ¡Que sí, que sí!... ¡Je, je, je!

CAR.—Y hoy, he de confesaros que desde hace algún tiempo es el día que estoy más contenta.

SEG.—¿Pues?

CAR.—Sí, porque he cumplido un deber piadoso que me ha quitado así como <sup>un</sup> peso de encima.

TOM.—¿Un deber piadoso, hija mía?

CAR.—Sí, mamá, verás. Efecto tal vez de las impresiones recibidas por los acontecimientos pasados, me quedé un poco de inquietud, de intranquilidad de conciencia. Y quizá por esto, la sombra de aquel pobre señor, que en gloria esté, seguía mis pasos, la veía en todas partes.

TOM.—¡Pero hija!

SEG.—(*Aparte.*) ¿Está cerrado el balcón, Valeriano?

CAR.—Y si yo hubiese creído que los muertos se aparecen, estoy segura de que su espectro se me hubiera aparecido.

TOM.—¡Qué horror, hija! ¡Calla, por Dios!

CAR.—¿Y sabéis lo que he hecho?

TOM.—¿Qué has hecho?

CAR.—Pues he enviado su esquelita de defunción al A B C.

TODOS.—(*Aterrados.*) ¿Eeccccch?

CAR.—Invitando, como viuda, a unas misas en sufragio de su alma, que quiero que se celebren el lunes en la parroquia de San Lorenzo.

TOM.—Pero hija, ¿qué has hecho?

CAR.—¿Pero os parece mal?



SEG.—No es que nos parezca mal, pero figúrate tú que lo ve...

CAR.—¿Que lo ve quién?

SEG.—Que lo ve la gente que no se había enterado. ¡Qué necesidad tenemos!

LUIS.—Y luego que habrás tenido que poner: su inconsolable viuda, y me pones en ridículo.

SEG.—Nada, hija, no hay más remedio que ir al periódico a que retiren eso.

VAL.—(Aparte a Segundo.) Hay que romperle esa esquila.

CAR.—Pero yo quería hacer algo por su alma.

VAL.—Hay que rompérsela.

CAR.—¿Qué?

VAL.—No, nada, le decía aquí, al tío Segundo.

CAR.—Bueno, lo que ustedes quieran; pero algo he de hacer, porque yo necesito alejar de mi imaginación el recuerdo fatídico de ese hombre, y esta noche pasada he tenido un sueño horrible. ¡He soñado con él!

VAL.—¡Y qué tiene que ver eso! ¡También he soñado yo con la Pastora Imperio, y mira cómo no me asusto!...

TODOS.—¡Claro! (Rien.)

CAR.—¡Sí, pero es que mi sueño ha sido espantoso! He soñado que había salido de su tumba para venir a increparme porque me casaba con Luis.

VAL.—¡Por Dios, Carita... qué puerilidades!...

TOM.—Bueno, hija; anda, márchate, que si vas tarde, las de Botella te ponen de vuelta y media.

VAL.—Y ya sabes lo que son las de Botella cuando se destapan... Anda, hija, anda.

TOM.—Y si te insisten para que las acompañes al Escorial unos días, avisas por teléfono a la tienda y te enviaremos la maleta.

CAR.—Bueno, mamá.

VAL.—(Llamando.) Genoveva (Sale Genoveva.) acompaña a la señorita.

LUIS.—Y yo también iré con ella.

CAR.—Pues adiós, mamá. (La besa.) Hasta luego. (Se despide. Vase con Genoveva.)

LUIS.—(Aparte a Hidalgo.) Y ya lo sabes, Hidalgo. Aquí de tu ingenio. Piensa lo que quieras, pero hoy mismo; porque si hoy no resuelves esto, ¡tu familia de luto riguroso! (Vase.)

HID.—¡Nada, que está obsesionado! Y este bárbaro, en un rapto de locura, es capaz de matarme... ¿Qué haría yo?...

Doña Tomasa, don Valeriano, don Segundo e Hidalgo.

TOM.—¡Dios mío, esto no es vida!... A ver si ahora, al salir, se lo encuentra. Mira a ver, Segundo. (Mira por el balcón.)

HID.—(A don Valeriano.) ¿De modo que Bermejo anda por ahí?

VAL.—Esperando para subir. Ha solicitado una entrevista.

HID.—¡Canalla!... ¡Si yo me atreviera!...

SEG.—A él no se le ve. Carita sale ahora a la calle.

TOM.—¡Pobre hija de mi alma, empeñada en decirle una misa!... Si ella supiera...

VAL.—Peor fué lo de ayer, que quería encargarle una lápida, y la tuve que sacar a puñados de casa del marmolista.

SEG.—Adiós, hijita, adiós. (Se despide. Entorna el balcón.) Ya dobló la esquina.

HID.—¿Y ustedes no saben lo que ese hombre pretende?

VAL.—¡Qué hemos de saber!... Yo no he tenido con él más relación que una carta que me escribió el mismo día de su salida del Hospital, en la que me relataba su desastroso estado financiero y me suplicaba un auxilio. Me pareció peli-



groso negárselo, y le abrí un crédito en un restaurant económico, le envié un traje usado que me pedía. Y no he sabido más hasta hoy. (*Suena el timbre.*)

SEG.—¿Habéis oído?

VAL.—¡Qué extraño modo de sonar el timbre!

TOM.—¿Será él? (*Suena otra vez.*)

HID.—La manera débil e intermitente de llamar es propia de un anémico, o por lo menos, de un neurótico. Debe ser él.

SEG.—Callaos. Yo veré por la mirilla. (*Vase.*)

TOM.—Estaría oculto y al salir Carita ha subido.

SEG.—(*Entrando.*) Es uno alto, pálido, de negro, muy flaco que anda doblándose. El que hemos visto ahí enfrente.

VAL.—Es él. Abrele. (*Sale Segundo.*)

TOM.—¡Ese hombre aquí! ¡Dame fuerzas, Dios mío!

HID.—Y a mí también. (*Como el que se dispone a boxear.*)

VAL.—Calma, Hidalgo. Oigámosle antes de nada. (*Se oye ladrar y aullar al perro.*)

TOM.—Caruso le aulla. Le ha conocido.

SEG.—(*Entrando.*) Aquí está. Pase usted.

*Dichos y Bermejo.*

(*Este Bermejo es un convaleciente, pálido, ojeroso, fino, amabilísimo, que habla, que anda y acciona como un hombre sin energía, sin alientos para nada. Viste un traje negro. En conjunto es un derrotado.*)

BER.—¡Señora!... ¡Señores!... (*Queda en la puerta, hace una profunda reverencia y queda con la cabeza baja.*) ¿Dan ustedes su aquiescencia?

VAL.—Adelante.

BER.—¡Ah, señora!... (*Da un traspiés, vacila y se sostiene.*) ¡Ah, señores!... Se puede pasar...

VAL.—Ya hemos dicho que adelante.

BER.—Gracias; no es eso. Se puede pasar en la vida por trances amargos... por trances crueles; pero como este mío, no; ¡no es posible! (*Pausa.*) Señores, yo he creído que me moría.

VAL.—Y nosotros.

BER.—Yo he creído que me moría al subir por esa escalera. A mí me faltan las fuerzas... Las palabras expiran en mi garganta. Yo estoy muerto.

VAL.—¡Quiá!

BER.—(*Mirando a don Valeriano.*) Muerto de vergüenza... de indignación contra mí mismo, y me explico con en esta casa todo me sea hostil. Pero ustedes comprenderán muy en breve que esa hostilidad carece de fundamento; porque yo sólo vengo aquí, dolorida el alma, a caer de rodillas a sus pies, y a decirle con lágrimas en los ojos... ¡Perdóneme usted, señora, perdóneme usted que no me haya muerto! (*Le besa la mano de rodillas.*)

TOM.—¡Por Dios, caballero!...

BER.—Perdóneme usted, pero es que materialmente no me ha sido posible... ¡ni con diez y ocho médicos, señora; ya ve usted! Todo ha sido inútil. No, no he sabido morirme.

VAL.—(Los hay torpes.),

BER.—Con la alegría que yo hubiera tenido con tal de complacer a ustedes. Pues nada... ¡Y es que cuando las cosas se ponen mal!...

TOM.—Por Dios, caballero, no necesita usted disculparse... Pero yo no sé qué decirle. Comprenderá usted el estado de mi ánimo...

BER.—Todo; lo comprendo todo, bella señora. Y usted no sabe los esfuerzos que yo he hecho para no producirles a ustedes esta aflicción en que los veo sumidos... ¡Ah, noble señora; ah, inesperados y cordiales tíos!... ¡Ah, señor Hidalgo!... Ustedes no saben, no calculan, no penetran la tortura que me corroe... ¡Ah, sí; sí!... (*Caee en una silla medio desvanecido.*)



SEG.—¿Qué le pasa a usted? (*Entra Genoveva de la calle; le mira atónita.*)

BER.—No, nada, nada; un pequeño desvanecimiento o mareo, vulgo lipotimia. ¿Se me podría suministrar un modesto y reconfortante caldo?

TOM.—Sí, señor; con mucho gusto. Que le den un caldo, Segundo.

(*Don Segundo va a dar el recado.*)

BER.—Gracias, digna y bella dama.

TOM.—Pero tome usted asiento.

BER.—No, no señora... yo no soy digno de tomar nada de esta acogedora mansión.

TOM.—¡Por Dios!...

BER.—¡Ah, y no encontrar un fin! ¡Un fin a esta miserable vida; yo, señores, yo, que en mi afán de desaparecer de este mundo hago cosas horribles! Figúrense ustedes que atravieso todas las tardes la Puerta del Sol de siete a ocho, y yo no sé qué hacen esos automóviles, que ni me tropiezan. Yo me coloco intencionadamente ante los tranvías. Me tocan el timbre y como si me tocaran el *Conde de Luxemburgo*. Pues nada; llegan, me empujan con más delicadeza que me empujaría un guardia de Orden público, me apartan solícitos, y pasan rápidos. Ayer, sin ir más lejos, ya resuelto a terminar de una vez, me fuí de cabeza contra un *seis*; pues me tiró al suelo, me rozó el estribo y me hizo un *siete*; me recogió un *ocho* y el cobrador me convidó a un "quince" para que no diera parte. ¿No es esto una desgracia?

VAL.—Una verdadera desgracia.

GEN.—(*Entra con el servicio.*) El caldo.

BER.—Gracias, estupefacta y amable doncella, muchas gracias. (*A doña Tomasa.*) ¿Se me podría suministrar una fútil y exigua copa de Jerez, marca indistinta?

TOM.—(*A Genoveva.*) Una copa de Jerez al señor. (*Vase Genoveva a servir-la.*) ¡Pero, por Dios, tome usted asiento!

BER.—No, no, de ninguna manera; yo no soy digno de tomar nada en esta caritativa y honorable casa. (*Bebe un poco de caldo.*) ¡Jesús, qué caldo! Esto resucita a un muerto.

VAL.—(*Indignado.*) ¡Quitarle la taza, hombre!

BER.—¡Ah, unas personas tan buenas, tan dignas, tan entrañables!... ¡Ah, ustedes no saben lo que yo hubiese dado por evitarles el conflicto de mi resurrección! (*Genoveva saca el Jerez y sirve una copa.*)

SEG.—Señor Bermejo, no se moleste más, nosotros aceptamos de buen grado sus disculpas. No ha podido usted realizar su propósito; ¡qué sé le va a hacer, paciencia!

VAL.—¡Paciencia!... Pero perdone que le digamos que, en cierto modo, lo que ha hecho usted ha sido una informalidad.

BER.—¡Una informalidad!

HID.—¡Una informalidad, sí, señor! ¿Se pone uno en trance de muerte? Pues hay que morirse. Esto es lo serio.

BER.—¡Pero, por Dios, señores, son ustedes injustos conmigo!... ¿He podido yo hacer más para fallecer, que tomarme todas las medicinas que me han dado?... A mí se me han inyectado cuarenta y seis clases de vacuna. Tengo vacunada hasta la camiseta. A mí se me han administrado veinticuatro sueros; se me han administrado diecisiete caldos microbianos, a mí se me han administrado hasta los últimos sacramentos... Y yo, tomándomelo todo. ¿He podido hacer más? ¡Ah, pero no les importe a ustedes, no! A eso vengo precisamente.

VAL.—¿Cómo que a eso viene usted?

BER.—(*Con gran exaltación.*) A eso vengo: a decir a ustedes que contra esta fatalidad de no poderme eliminar, está mi resolución inquebrantable de desaparecer y desapareceré!

TOM.—¡Por Dios, caballero, eso no; de ningún modo!



BER.—¿Cómo que no?... ¿Pero cree usted que puedo yo tolerar la desdicha que ocasiono?... ¿A una joven bellísima, sumirla en la desesperación? ¿A un joven que es su novio, su pasión, sumirlo en la tragedia?... ¡Ah, no, no, no!... (Se sirve otra copa.) Esto acabará, y acabará muy pronto...

SEG.—¿Pero qué intenta usted?

BER.—¿Que qué intento?... Pues sápanlo de una vez. He venido a esta casa a despedirme de ustedes, y luego a... (Se tienta y al fin saca una pistola.)

TODOS.—(Le sujetan.) ¡No, no!...

TOM.—¡No, por Dios, no, por Dios, caballero!

VAL.—¡Aquí, no! ¡De ninguna manera! ¡Aquí, no!

BER.—¡Sí, sí, aquí; debo morir aquí!

VAL.—Aquí, no, caramba. Y ruego a usted, señor Bermejo, que nos evite un espectáculo que... ¡Aquí, no!

BER.—¡Sí, sí... dejadme!

SEG.—¿Que eso no es cristiano, porra!

TOM.—(Se arrodilla suplicante.) ¡Se lo pido a usted de rodillas, señor Bermejo!

BER.—¡Por usted lo hago, señora! No quiero que brote de sus plácidos ojos una sola lágrima por culpa mía. Pero le ruego, que usted y ustedes, me dejen solo unos instantes con mi querido tío Valeriano.

VAL.—(Muy escamado.) ¿Solo conmigo?...

BER.—Con usted. He de hacerle ciertas confidencias precisas. El tiempo apremia. Que nos dejen. (Pasea preocupado.)

VAL.—(Caray, si querrá un compañero de viaje.) (Alto.) Bueno, dejadnos solos.

SEG.—Por Dios, que no se mate aquí.

VAL.—Lo procuraré; pero de todos modos, si oís un tiro, no alarmaros: si oís dos, sí. Salid, os lo ruego. (Vanse doña Tomasa, Segundo e Hidalgo.)

Don Valeriano y Bermejo.

VAL.—Bueno, amigo Bermejo; ya estamos solos.

BER.—¿Pero por qué no me llama usted Lázaro, que es más familiar?

VAL.—No, perdone usted; les tengo cierta animadversión a los Lázaros.

BER.—Como usted guste.

VAL.—Siéntese. Y antes de hacerme las confidencias que sean de su agrado, me va usted a permitir que yo le dirija unas breves indicaciones. (Yo me preparo por si acaso.)

BER.—Escuchó conmovido.

VAL.—Si por una decisión irrevocable, pretendiese usted realizar alguno de esos siniestros designios que antes ha manifestado, y que yo sería el primero en lamentar, suplico a usted que no los ponga en práctica dentro de esta casa, de ninguna manera. En el caso de que usted, yo, alguien, queramos suicidarnos, en uso de un libérrimo derecho, ahí tenemos el Retiro, la Mocloa, lugares de una amenidad y una belleza que envuelven el suicidio en un ambiente de poesía que conmueve. Una sutil detonación, una leve espiral de humo que se pierde en el aire azul, una postura trágica sobre el verde césped, el guarda que aparece atónito... y sobre todo esto, la muerte batiendo sus alas augustas en la tarde radiante. Y al fin, comb único rastro, el amable juez, el humilde depósito, la piadosa gaceta. Usted, que es poeta, piense en todo esto. Esproncada no lo hubiese desdichado. (Se lo he pintado, que ni Sorolla.)

BER.—¡Ah, don Valeriano, qué elegante descripción!

VAL.—Y, en otro caso, ahí tenemos también el Canalillo. No echemos el Canalillo en saco roto. Una cinta de plata, álamos en las orillas...

BER.—Sí, don Valeriano, sí; yo agradezco a usted mucho sus cariñosas indicaciones. Pero en este caso son, por desgracia, perfectamente inútiles.

VAL.—¿Pues?...



BER.—Porque yo fatalmente—y esto era lo que quería decirle cuando he aplicado que nos dejasen solos—yo, fatalmente, precisamente, tengo que matarme esta tarde y en esta misma casa.

VAL.—(Con indignación.) ¡Y dale!... ¡Pero señor mío, esa insistencia!...

BER.—No, don Valeriano; si no es una obstinación morbosa, un capricho fementido, no. Oiga la terrible verdad y lo comprenderá todo.

VAL.—¿Pero hay algo más?

BER.—Lo que ha ocurrido hasta hoy en esta casa con motivo de mi boda es un juguete cómico comparado con lo que va a pasar esta tarde.

VAL.—¡Repeime!, ¿pero qué está usted diciendo?

BER.—Sí, don Valeriano, sí... Ustedes, guiados del noble propósito de quedarse con los tres millones del padrino de mi mujer en cuanto yo finiquitara, vinieron al borde de mi lecho doliente y me casaron... ¡Me casaron! ignorando que yo tenía relaciones con una mujer. Y la llamo mujer, porque algo hay que llamarla.

VAL.—¡Santo Dios!

BER.—Y que tengo con ella cuatro hijos.

VAL.—¡Madre mía!

BER.—Y el compromiso formal de legitimar nuestra descendencia.

VAL.—¡Virgen Santa!

BER.—Y si esa mujer fuera una mujer prudente, pues no la hacíamos caso y en paz. Pero es una hiena. Es una mujer...

VAL.—¿De armas tomar?

BER.—De armas tomar... y utilizar... que es lo peor. Se trata de una histérica, de una loca, de una impulsiva, que enterada de mi matrimonio—que cree una traición mía—ha jurado venir a esta casa y no dejar títere con cabeza. Y usted perdónelo lo de títere. Ha jurado que me mata a mí, que mata a mi mujer, a mi suegra, a mis tíos...

VAL.—¡Canastos!... ¿Y cree usted, en serio, que será capaz de realizar su amenaza?

BER.—¿Cómo capaz?... Anoche se ha comprado una navaja de lengua de vaca de este porte; y esa arpa viene hoy a esta casa y saca la lengua, y lo que a las cuatro es una agradable familia, a las cuatro y diez será un informe picadillo de almóndigas.

VAL.—¡Dios mío!

VAL.—¡Dios mío, tiene un hermanito, Pepe el *Yesca*, le llaman el *Yesca* por lo de prisa que hace fuego.

VAL.—¡Caray!

BER.—Que si viene a acompañarla, yo les aconsejo a ustedes que quiten los gabanes del perchero.

VAL.—¡Ay, Dios mío, qué complicación! Pero diga usted, amigo Bermejo, ¿no habría medio de evitar que esa... esa señora desistiera de sus criminales propósitos?

BER.—Uno. No hay más que un medio que lo resolvería todo pacíficamente; pero yo no dispongo de recursos para ponerlo en práctica.

VAL.—¿Y qué medio es ese?

BER.—Yo no sé si será delicado...

VAL.—Sí, hombre... que no le hagan a uno picadillo, ¿pues no ha de ser delicado?... diga, diga.

BER.—Yo creo que con catorce mil pesetas se solucionaría todo pacíficamente.

VAL.—¡Catorce mil pesetas! (Cae sentado, como el que ha recibido un golpe en la sien. Se pasa la mano por la frente.) ¡Mi madre!

BER.—¿Qué le pasa a usted?

VAL.—No, nada; un pequeño desvanecimiento, un mareo, vulgo lipotimia.

BER.—Con seis mil pesetas podríamos mandar a la Hipólita a Buenos Aires, que es su ideal viajero; y con las ocho mil restantes podría yo dejar a salvo la



vida de mi anciana y respetable madre, poniéndola un modo de vivir. ¿Comprende usted?

VAL.—Sí, un modo de vivir, sin hacer nada, ya comprendo.

BER.—Yo, resuelto esto, ya sabré lo que hacer... en la Moncloa. (*Con abatimiento.*) Pronto, muy pronto, recogerán ustedes los tres millones.

VAL.—(*Echando cuentas.*) De modo que seis para la Hipólita, ocho para su anciana y respetable madre... En fin, señor Bermejo, usted me permitirá un momento. Tengo que consultar a la familia el nuevo aspecto de este asunto, al que yo llamaría...

BER.—Económico.

VAL.—No, perdone usted; para mí no es económico un asunto que me puede costar catorce mil pesetas. Tenga la bondad un instante. (*Haciendo mutis.*) Nada, que no tenemos más que dos dilemas, que decía mi suegra: o una puñalada o un sarblazo. (*Vase.*)

*Bermejo e Hidalgo.*

BER.—¡Dios mío, si me resuelven lo de las catorce mil pesetas, me ponen en mi domicilio! (*Mirando.*) ¡El comedor! ¡Qué confortable!... Un balcón... (*Lo abre y se asoma.*) Es piso primero. Si anduviese por ahí la Hipólita la hablaría. Temo que venga, introduzca una extremidad y me deteriore la negociación. Y sería lástima. ¡Una familia tan maleable!... (*Queda asomado.*)

HID.—(*Sale.*) ¡Solo!... Yo me atrevo. Claro que esto de invitar a un hombre a que se rompa la crisma no es ninguna fruslería, pero si este señor no se mata, Luis me revienta... Y entre Bermejo y yo... (*Pausa.*) ¡Ah, ya sé lo que he de decir!... ¡Pecho al agua! (*Alto.*) Amigo Bermejo.

BER.—¿Quién?

HID.—Gente de paz.

BER.—¡Caramba, usted, mi cordial y solícito enfermero!... ¿Qué desea usted de mí, mi cariñoso amigo?

HID.—Pues nada, que quería pedirle a usted un favor, un gran favor.

BER.—Concedido.

HID.—Es que se trata de algo muy grave.

BER.—Para mí no hay nada grave.

HID.—Ya lo sé, ya. Sin embargo, esto...

BER.—Diga usted, diga usted lo que sea.

HID.—Amigo Bermejo: usted comprenderá mi situación con esta familia. Yo los metí en el lance en que se encuentran, creyendo que usted iba a morir formalmente. Le casaron a usted con Carita... el conflicto se ha hecho irreparable... y ahora Luis me exige a mí que solucione el asunto... ¡matándole a usted en duelo!

BER.—(*Aterrado.*) ¡Caray!

HID.—Pero esto sería para mí muy doloroso.

BER.—Y para mí muchísimo más. ¿Pero quiere usted callarse? ¿Para qué un duelo?... Nada de duelos. Nada de bárbaras agresiones. A usted le hace falta, digámoslo claramente, a usted le hace falta mi vida... ¿no es esto?

HID.—Hombre...

BER.—¿Pues para qué somos amigos?... Antes de la noche será usted complacido. Yo soy así con mis amistades.

HID.—Hombre, mi gratitud...

BER.—No vale la pena. Hoy hago yo esta insignificancia por usted. ¡Quién sabe en el correr de los años lo que podrá usted hacer por mí!...

HID.—¿En el correr de los años?

BER.—En el correr de los años de ultratumba.

HID.—¿Y va usted a realizar en esta casa?... (*Acción de pegarse un tiro.*)

BER.—No. El tío Valeriano y yo hemos buscado un sitio precioso: la Moncloa.

HID.—¿No hay muchos guardas?



BER.—Sí, pero yo sé un lugar tan solitario, tan escondido... para... (*Acción de pegarse el tiro.*) ¡Una delicia!

HID.—¡Caramba, es usted admirable! Me conmueve la serenidad con que habla usted de... (*Repite el ademán.*)

BER.—¡Oh!, es que... ¡Oodio la vida, sí; la odio!... ¡Caramba, con permiso voy a cerrar el balcón, que estamos en una corriente!... (*Cierra el balcón.*)

HID.—Señor Bermejo. Yo no sé cómo pagar...

BER.—Nada, nada... mañana viene usted a mi tumba, deposita usted allí un ave...

HID.—¿Para qué?

BER.—¡Un Ave María y una siempreviva y en paz!

HID.—¿Siempre viva?

BER.—¡Viva!... (*Este tío invita a pegarse un tiro como el que invita a casa de Camorra.*) Adiós, joven. ¡Siempre viva!

HID.—Adiós, señor Bermejo. (*Vase Bermejo.*) ¡Caramba, qué persona tan complaciente! Eso son ganas de servir a un amigo. Corro a avisar a Luis, a tranquilizarle. Quizá cuando volvamos ya esté todo resuelto. (*Vase.*)

*Don Valeriano, don Segundo y Genoveva.*

VAL.—(*Saliendo. Al no ver a Bermejo se dirige a la segunda.*) ¡Ah, está en el comedor! (*A don Segundo.*) De modo que ya lo has oído, ese hombre exige indirectamente catorce mil pesetas, Segundo.

SEG.—¡Qué horrible complicación!... ¿Pero de dónde vamos a sacarlas?...

VAL.—Porque si no, ahora mismo tienes ahí a la Hipólita con la lengua de vaca... A su hermanito con algo parecido... ¡El peligro, el escándalo!...

SEG.—Y que además nada se resuelve; porque das el dinero y la chica sigue casada, y este hombre en condiciones de hacer efectivo el matrimonio cuando quiera.

VAL.—¡Es para morir de angustias!... ¡Es para cometer un crimen!...

SEG.—¡Calla, por Dios!... ¡Y un sablazo sobre tanta desdicha!

VAL.—Llaman.

SEG.—Y con qué insistencia.

VAL.—A lo mejor es la Hipólita, de seguro.

SEG.—¿La de la lengua? (*Tímbr.*)

VAL.—La misma.

SEG.—¡Y qué de prisa!

VAL.—Debe venir con la lengua fuera. (*Genoveva pasa de izquierda a derecha.*)

SEG.—¿Y qué vas a hacer?

VAL.—Recíbrala. Jugarme la vida, si es preciso. De perdidos al río. ¡Todo menos soltar una peseta! Puñaladas, bueno; sablazos, no. Déjame solo. (*Vase don Segundo.*)

GEN.—(*Por la primera derecha.*) Una señora.

VAL.—(*Heroicamente.*) Que pase.

GEN.—Me ha dado su tarjeta.

VAL.—Venga. (*La toma. Genoveva sale.*) ¡Animo, Valeriano! Con esta gentuza el que se achica se pierde. (*Lee la tarjeta.*) "Hipólita Beloqui..." Está bien.

*Don Valeriano e Hipólita. Luego dos niños y dos niñas. Después Matea.*

HIP.—(*Es una mujer del pueblo de Madrid, de aspecto agradable. De treinta y cinco a cuarenta años. Lleva mantán.*) ¿Da usted su permiso?

VAL.—Adelante.

HIP.—Caballero, usted dispense que me haiga tomao la libertad de permitirle de que le pasasen mi tarjeta.

VAL.—Sí, ya la he leído. Hipólita Beloqui.

HIP.—Servidora de usted. Bueno, pero usted me dispense, que es que me s'ha olvidao poner debajo y familia, porque no vengo sola.

VAL.—Lo mismo da,



Dichos y Bermejo

BER.—A sus órdenes, mi eventual y querido tío. ¿Qué desea?

VAL.—Haga el favor de dirigir el periscopio al sofá.

BER.—Caramba; ¿pero qué es eso?

VAL.—¿No adivina?

BER.—Sí, ya veo. ¡Cosas de la Hipólita!...

VAL.—Cosas de la Hipólita y de usted... ¡A medias!

BER.—Y mi anciana y venerable madre. ¡Mamá!

MAT.—¡Hijo mío! (*Se abrazan.*)

BER.—Bueno, pero...

VAL.—Yo le ruego, amigo Bermejo, que si conserva un resto de delicadeza, procure no aumentar con nuevas inquietudes el irreparable dolor que abruma a esta familia. Por consecuencia, llévase inmediatamente a esos niños y a esa señora.

BER.—¡Yo! ¿Que me los lleve yo!... ¡Sin recursos, sin medios de fortuna, pobre y enfermo!... ¿Que me los lleve yo?... ¿Pero dónde?...

TOM.—¡Hágase usted cargo de nuestra tristeza!

SEG.—Y últimamente, si ese es su propósito, diga de un modo concreto en qué forma puede esta familia pagar el error cometido.

BER.—(*En un arranque heroico.*) ¡Ah, basta, basta ya de tal tortura!... ¡A mí no se me puede juzgar como un granuja, señor mío! Nada necesito, nada; sino librar a ustedes del peso de mi maldita existencia. ¡Enjúguense las lágrimas, alégrense los corazones! El maldito de todos, el paria, el sinventura, va a terminar! ¡Adiós, mamá! (*La abraza.*) ¡Adiós, hijos míos!... ¡Adiós para siempre! (*Los besa.*) *Corre hacia el centro de la escena; los niños se agarran a su americana; sujetándose.* Todos tratan también de sujetarle.)

TODOS.—¡No, no, por Dios!

VAL.—¡No, en casa no!

BER.—¡Aquí, aquí me mataré!

TOM.—¡Ay, que se mata!

SEG.—Aquí, no. Reflexione, atienda.

BER.—¡Dejadme, dejadme! (*Se desase de todos. Entra y cierra tras sí.*) ¡Quiero morir!... ¡Quiero morir!...

VAL.—(*Golpeando la puerta.*) ¡Por Dios, Bermejo!... ¡Aquí no, aquí no!...

SEG.—¡Abra, abra!...

LOS NIÑOS.—¡Papá papá!...

MAT.—¡Hijo mío!...

VAL.—La Moncloa, el Canalillo. (*Mirando por la cerradura.*) Ha abierto el balcón. (*Se oye un grito terrible en la calle. Rumor creciente de voces, y entra ellas, bien clara, una que diga:*)

VOZ.—¡Muerto!... ¡Se ha matado!...

OTRA.—¡Muerto, muerto!... ¡Por el balcón!

TODOS.—(*Los de escena.*) ¡Jesús! (*Caras de terror.*)

TOM.—¡Gritan que muerto!

VAL.—¡Se ha tirado por el balcón!

SEG.—¡Pero ese condenado! (*Sale corriendo.*)

Dichos y Luis; después Hidalgo.

LUIS.—(*Entra despavorido.*) ¡Ay, qué desgracia!... ¡Reventado!... ¡Ahí lo suben!... ¡Ese Bermejo!...

VAL.—¿Pero se ha tirado por el balcón?

LUIS.—Sí, yo lo vi. Se tiró por el balcón, dió sobre el toldo de la tienda, le ha roto a ustedes el toldo, y cayó sobre Hidalgo que venía conmigo por la acera y medio le ha reventado.

HID.—(*Que sale en brazos de Bermejo y don Segundo.*) ¡Ay, ay!... ¡Me ha matado!... ¡Me cayó encima!... ¡Me ha matado!... (*Lo sientan en un sillón.*)



BER.—¡Oh, cuán negro es mi sino! ¡Pobre muchacho!... Me suplica él mismo que me suicide, voy a complacerle, y de poco lo mato... Y es que no puedo morir... ¿lo ven ustedes?... No puedo, no puedo.... (Telón.)

## ACTO TERCERO

*La misma decoración del acto segundo. Empieza a atardecer.*

*Don Valeriano e Hidalgo.*

*Don Valeriano, agachado en el suelo, con un pequeño serrucho está acabando de aserrar la pata de la librería. Hidalgo manipula misteriosamente en los hilos de un enchufe eléctrico colocado al lado de la puerta segunda izquierda y que corresponde a la lámpara de la mesa del despacho.*

HID.—Acabe usted de aserrar la pata de la librería, que esto mío ya está.

VAL.—Por Dios, silencio, que no nos oigan.

HID.—Sí, es verdad. Trabajemos en el misterio. (Trabajan.)

VAL.—¿Y qué te parece que haga, meto la pata o la dejo en el aire?

HID.—No, déjela usted en una resistencia calculada para diez minutos.

VAL.—Entonces ya está seguramente. Sin embargo, afinaré por aquí, para...

(Sigue aserrando.)

HID.—Esto mío terminó. Tengo los hilos en contacto y ahora junto la llave y...

VAL.—¡Dios mío! ¡Tener que recurrir a esto!...

HID.—No retrocedamos, don Valeriano. La necesidad de una legítima defensa, impone este sacrificio moral.

VAL.—¡Ah, si no fuera por lo que es!...

HID.—Adelante, don Valeriano. (Examina el cajón de la derecha de la mesa despacho.) Esto del cajón está admirablemente dispuesto. En cuanto se toque se producirá el... Sin embargo, voy a colocar este alambre más... (Manipula en el cajón con unos alicates.)

*Dichos. Luis y don Segundo, primera izquierda.*

LUIS.—(En voz baja, misteriosamente, como quien está en el secreto.) ¿Está ya todo?

VAL.—Faltan algunos perfiles. (Luis trabaja con Hidalgo.)

SEG.—(Saliendo.) ¿Pero qué hacen ustedes?

VAL.—¡Chist!...

SEG.—¿Pero qué trabajas ahí, con un serrucho en la mano?

VAL.—¡Ah, Segundo, si tú supieras!...

SEG.—Si llevarais antifaz, parecerías algo de una película. La mano que aprieta.

VAL.—O la pata que afloja.



SEG.—Bueno, ¿pero queréis explicarme a qué viene este misterio?

VAL.—Ahora lo sabrás. ¿Y Tomasa?

SEG.—Vistiéndose para ir con Luis a casa del abogado por quinta vez... Es su manía. La pobre cree que consultando encontrará el remedio de este mal. Dará en loca. ¡Válgame Dios!

LUIS.—¡En loca!... ¡En locos acabaremos todos!

VAL.—¿Y Bermejo? ¿Qué hace ese... ese hombre?

SEG.—En el comedor está. Se ha quedado profundamente dormido en una mecedora. ¡Por cierto que había un tufo!... Metiéronle un brasero y cerraron las puertas. ¿Quién haría tal?

VAL.—(Un poco azorado.) Habrá sido la muchacha... nada; un descuido disculpable...

SEG.—¡Hombre, pues hay que tener cuidado!

VAL.—(Indignado.) ¡Nosotros cuidado con!...

LUIS.—(Lo mismo.) ¡Cuidado nosotros con ese!

SEG.—(Conteniéndose.) ¡Hombre, por Dios!

HID.—¡Nosotros cuidado con ese granuja!... Con ese farsante, que lleva dos meses que si se mata hoy, que si se mata mañana, y...

VAL.—¡Y ya no puede abrocharse, de lo que ha engordado!... ¡Maldita sea!

SEG.—¡Me asusta oiros hablar así!

LUIS.—(Con resolución.) Es que ya no podemos más don Segundo: afuera caretas. Es que ese hombre nos pesa ya como una losa de plomo. Les sacó a ustedes dos mil pesetas a cuenta de las catorce mil; se equipó. Ofreció suicidarse el dieciocho del mes pasado y luego nos dijo que cuando se pusiera bueno del cartarro.

VAL.—Se puso bueno. Nos ofreció lo del estanque del Retiro, y ahora nos dice que no se atreve con el reuma.

HID.—Nos está dando el timo del entierro.

SEG.—¡Callarse, hombre, callarse!... ¡Válgame Dios! ¡Que escuche yo tal de personas tan honradas!

VAL.—¡Es que no podemos más, Segundo, no podemos más!... ¡No lo oyes?

LUIS.—Ese hombre nos abrumba, nos aboga, nos enloquece...

VAL.—¡Y nos arruina, que es lo peor! Hemos de malvender la tienda para acabarle de entregar las doce mil pesetas. Carita, aburrída, me temo que llegue de un momento a otro y lo descubra todo y muera del pesar. El problema sigue sin solución. Tomasa está enferma, Luis loco, Hidalgo trastornado, tú violento, yo frenético... ¡y Bermejo nutriendosel!... ¿Para qué queremos vivir así?... ¡Es preferible la muerte cien veces!... ¡Cien veces ante este sufrimiento!

SEG.—¿Pero no decía usted que la salud de Bermejo?...

HID.—Sí, pero es que luego me he convencido de que es un ser absolutamente indestructible. Ya ve usted, de acuerdo con él, le puse un plan de contraindicaciones, que era para no acabarlo de leer. Estómago débil, callos con chorizo. Pulmones deshechos, alcoholes fuertes. Corazón enfermo, tabaco y café. Artrítico, baños fríos. Bueno, pues ya ha visto usted el resultado. Aumento de peso, ha mejorado el color, se duerme encima de un palo...

LUIS.—¡Y tiene unas fuerzas, que ayer le encontré con la nuera del portero en brazos y pesa ochenta kilos!...

HID.—¿No es esto para desesperarse?...

VAL.—¡Esto es para morirse!... Yo, en mi indignación, he llegado ya al cinismo... Antes le aconsejaba lo de la Moncloa y el Retiro, ahora ya le he dicho que elija el gabinete que más le guste... incluso el despacho, pero que despáche pronto...

SEG.—Bueno, ¿pero todo ese misterio que hacíais antes, manipulando con los muebles?...



VAL.—Nada, puerilidades... Una cosa inocente.

SEG.—¡Es que os llegué a tomar miedo, Valeriano!

HID.—No, si después de todo, verá usted de qué se trata. Es casi por hacerle un favor.

SEG.—¡Vosotros un favor!...

HID.—Un verdadero favor. Si ese hombre procede de buena fe, y realmente es la fatalidad la que se opone a que realice sus propósitos, ¿por qué no ayudarlo?...

VAL.—Nada más laudable. Y como Hidalgo que le ha reconocido muchas veces, sabe que es algo cardíaco, dice que quizá dándole dos o tres pequeños sustos...

HID.—Podría llegar... sin ninguna molestia al logro de sus deseos, de un modo fulminante.

VAL.—Nosotros queríamos contar con él.

LUIS.—Pero es lo que yo les he dicho: si contamos con él para asustarle, pues no se va a asustar...

SEG.—¿Y esos sustos?...

VAL.—No te asustes... ¡Dos o tres cositas!... Nada, ya verás. Tú baja a la tienda y no te ocupes.

*Dichos; doña Tomasa, primera izquierda.*

TOM.—(Con traje de calle y dispuesta a salir.) ¿Nos vamos, Luis?

LUIS.—Vamos allá, doña Tomasa.

TOM.—(Denotando un cansancio moral abrumador.) ¡A casa del abogado!... ¡Otra vez!... ¿Y para qué?... ¡Si no hay esperanza!... Estoy abrumada... enferma... ¡y mi pobre hija!... ¡Vamos allá, Luis, vamos allá!

LUIS.—Vamos, doña Tomasa... Yo también he caído en una especie de marasmo que me aplana, que me enerva, que me insensibiliza... pero vamos...

SEG.—Ese hombre nos mata a todos... ¡Nos mata a todos sin remedio! (Sale tras doña Tomasa y Luis por primera derecha.)

VAL.—¡Ya lo creo que nos mata ese hombre!...

HID.—¡Que si nos mata!... Ya ve usted, a mí si me descuido... Ocho días derrengado. ¡Como que me dejó caer encima seis arrobas de huesos!

VAL.—Y a mí te juro que me ha hecho perder hasta la conciencia de la dignidad, de la honradez... porque yo no sé si esto que hacemos...

HID.—¡Don Valeriano, no retrocedamos! Al fin la cosa no es...

VAL.—Es que le hemos preparado tres sustos, Hidalgo, que son para quitarle el hipo al Cid Campeador.

HID.—Déjeme usted probar. Después de todo, es casi una curiosidad científica. Pondré aquí el papel que le servirá de cebo. (Lo deja encima de la mesa de despacho.) Y ahora a la calle. Dejémosle solo.

VAL.—¡Dios mío, pero tú crees que esto no será!...

HID.—¡Chist!... ¡Puramente científico!... (Vanse primera derecha.)

*Genoveva y Bermejo, segunda izquierda.*

BER.—(Sale ya mucho mejor vestido. Está alegre, colorado, radiante. Viene llamando un magnífico habano. Le sigue Genoveva con un servicio de café y una botella de cognac.) ¡Caramba, se han marchado mamá y los tíos... y el novio de mi mujer, que yo no sé si llamarle primo, en el sentido afectuoso, o cómo llamarle, porque la verdad es que es un parentesco que se las trae... En fin... aquí está más despejado. ¡En el comedor había un tufo!... (Llamando.) Genovevita, tráeme eso aquí, que no hay ya nadie, rica. (Se arrellana en un sillón que habrá al lado de la mesita.)

GEN.—(Saliendo.) ¡La verdad es que estaba el comedor!... Debía usted haberse asfixiado.

BER.—¿Asfixiado yo?... Nada... un ligero mareillo. Destápame esa botella de cognac, a ver si me recobra.



GEN.—Pero por Dios, señor Bermejo, ¿no le da a usted cargo de conciencia beber tanto?... ¡Entre cognac, ron y aguardientes, lleva usted consumidas cuarenta y dos botellas en quince días!

BER.—Sí; estoy comiéndome una infamia conmigo mismo; lo sé... ¡pero qué le voy a hacer!... Dame la cajetilla de las señoritas que este puro no tira.

GEN.—(Dándole la cajetilla que estará sobre la mesa de despacho.) ¡Esa es otra!... ¡El tabaco!... Hay que verle a usted fumar.

BER.—Sí, verdaderamente. ¡Fumo con una elegancia!...

GEN.—No, yo me refiero al abuso. ¡Pues y el café!... ¡Lleva usted dos kilos en una semana!

BER.—¡Ah, desgraciada! ¿Pero tú no has comprendido el significado de este exceso?... Es que tiro a matarme, Genoveva, a matarme realmente. (Bebe cognac.) Persuadido como estoy de que mis ideas religiosas no me permitirán nunca atentar de un modo violento contra mi existencia, me he sometido hace quince días a un régimen que pudiera llamarse sin hipérbole, mortal de necesidad. Yo toso, cognac. (Bebe cognac.) Yo me acatarro, moka. (Bebe café.) Yo me caigo de debilidad, una señorita... (Enciende el cigarro.) A mí me conviene vida activa, vida de movimiento, que acelere esta inercia circulatoria que padezco; yo debía moverme, yo debía trabajar... pues nada, no me da la gana. (Se arrellana más cómodamente.) ¡Me he impuesto este amargo sacrificio y lo cumpliré! Yo libro a esta noble familia del peso ominoso de mi presencia.

GEN.—¡Sí, pero es que cuando les libre usted de su presencia, les ha vaciado la tienda!

BER.—Y lo mismo hago con las comidas. ¡Ya ves, yo como las cosas más absurdas!... A mí los callos siempre me han molestado.

GEN.—Y a mí.

BER.—Pues yo, callos. A mí me dicen que con riñones se puede coger una indigestión, pues yo riñones, cuando en realidad solamente debía tomar alguna que otra merluza. (Bebe.)

GEN.—La tomará usted.

BER.—Platos de verduras y carnes blancas.

GEN.—¿Le gustan a usted las carnes blancas?

BER.—(Mirándola muy insinuante.) ¡Caramba, Genovevita!... ¡qué preguntas me haces!... ¿Que si me gustan a mí las carnes blancas?... ¡Una locura!... ¡Si no fuera por el miedo a las chuletas, ya verías!... (Pausa. Muy meloso.) ¿Sales el domingo?

GEN.—No me toca.

BER.—¿Que no te toca?... ¡Pero hay algo en el mundo que no te toque a tí?...

GEN.—Del domingo en ocho, me toca.

BER.—¿Del domingo en ocho?... ¡Ah, ya no viviré!...

GEN.—¡Calle usted, por Dios!

BER.—(Cogiéndola una mano.) ¡No, no viviré, Genoveva!... Y yo te lo dedico porque como de todos modos tengo que ir al cementerio, podías tú acompañarme hasta las Ventas.

GEN.—¡Jesús, la verdad es que piensa usted unas cosas!...

BER.—¡Ah, qué amargo es esto! (Le besa la mano.)

GEN.—Pero por Dios, ¿qué hace usted?...

BER.—¡Ah, no te ofendas, hija; soy un moribundo! Te acaricio como te podría acariciar un hermano que se hallase en la hora postrera. Me encuentro muy mal. Tócame la frente.

GEN.—Ardorosa.

BER.—Una salamandra.

GEN.—Y las manos frías.

BER.—¿Ves qué malo estoy?



GEN.—Ya lo veo.

BER.—Ves...

GEN.—Sí, señor...

BER.—No; digo que ves por el ron, que ya me cansa esto. ¡Quiero cambiar de veneno!...

GEN.—Bajaré a la tienda, porque en casa ya no queda de "La Negrita". (*Vase primera derecha.*)

BER.—¡Sí, baja, baja!... ¡Ah, qué criatura!... ¡Se baña en el Océano Glacial y hiervel!... ¡Y me pregunta que si me gustan las carnes blancas!... ¡Bueno, la verdad es que esto es vergonzoso! Me estoy poniendo que se me ha quedado estrecho el pellejo; yo que lo llevaba con frunces. Pero, claro, cómo no voy a engordar... ¡si un canónigo a mi lado es un arriero! Molicie, refinamiento alimenticio; y luego una vida sin inquietudes, sin sobresaltos, sin emociones fuertes... Y ya lo dijo el poeta jocoso. "Sin sustos ni sobresaltos vivirás gordo y feliz..." (*Se acerca a la mesa despacho.*) ¡Calle, qué dice este papel!... (*Leyendo.*) "Bermejo, cajón de la derecha. Papeles importantes." ¡Canario! Esto parece una nota. ¡Papeles importantes que se refieren a mí en el cajón de la derecha! Yo voy a ver qué es esto. Este es el cajón y tiene la llave en la cerradura. La cosa no es muy correcta, pero la curiosidad me disculpa. Ya se ve poco. Encenderé la lámpara para esta pequeña requisa. (*Coge el flexible del portátil.*) Aquí está el enchufe. (*Al ir a meterlo se produce una fuerte descarga, con explosión de chispas que le hace dar un salto. Pálido y con los pelos de punta, se lleva las manos al corazón. El enchufe del portátil, que estará instalado con corriente, llevará, en lugar de los pitoncitos de acero, un carbón, que al ponerlo en contacto con el enchufe colocado en la pared y que estará cubierto de una chapita de metal con corriente en resistencia, producirá un arco; al mismo tiempo, desde dentro se enciende un chispero de pólvora que hace saltar una profusión de chispas; pero esto es conveniente que el enchufe esté instalado en el quicio de la segunda izquierda.*) ¡¡Jesús! ¡¡Qué descarga!! ¡El susto ha sido de esos de "no te menees, pulguita!" Tengo el corazón que es una devanadera... Se conoce que algún contacto. Mi torpeza tal vez. Bueno, estos enchufes, en el Insonzo, no estarían mal, pero aquí... ¡Tengo un temblor!... En fin, nada, un ligero accidente. Veamos los documentos del cajón, que es lo importante. (*Lo abre y al abrirlo encuentra como una resistencia; tira más fuerte y al hacerlo se producen dos detonaciones consecutivas. Consiste el truco en que será hueco el cuerpo derecho de la mesa ministro, para que se pueda así, por una abertura hecha en el suelo del escenario, disparar los dos tiros dentro de la mesa.*) ¡Mi madre! (*Retrocede con los pelos de punta y cae sobre el sillón de al lado de la mesita. Se lleva las manos a la garganta, como el que se ahoga o quiere hablar y no puede.*) ¡¡Ay!!... ¡¡Me he quedado sin habla!!... ¿Pero qué... pero qué... es esto?... ¡¡La batalla del Piave en un cajón!!... ¡Qué ha podido ser!... ¡Yo me ahogo!... ¡Beberé un poco!... (*Bebe con un temblor de muerte.*) Bueno, esto... esto me lo han dedicado. Esto es cosa de los tíos... ¡de los tíos esos! Lo veo con luz meridiana. ¡Pero, caramba, me parece que están abusando! Paso por lo del brasero cuando me quedo dormido, y paso porque me abonen a ver los dramas de Rambal, pero que apelen a la dinamita, me parece un tanto abusivo. Observo que les voy cansando. Bueno, pues abreviaré. Hoy les exijo las doce mil pesetas que me restan como saldo a mi favor o hago valer mis derechos de marido. Ellos verán. Y ya podéis venirme con sustos. Se hunde la casa y entre los escombros encontrarán mi cadáver con la siguiente sonrisa, ¡je, je, je! (*Hace una sonrisa muy cómica.*)

Bermejo y Genoveva por primera derecha.

GEN.—(*Entrando con una botella y con un saacorchos. Al entrar enciende el aparato del centro y la escena se ilumina en su totalidad.*) Aquí está el ron.

BER.—Muy bien.

GEN.—"La Negrita."



BER.—Trae que la destiña.

GEN.—¡Caramba, señor Bermejo! ¿Qué le ha pasado a usted? Le encuentro así algo...

BER.—Nada, que si no llego a tener el corazón como una peña, saco plaza para una sacramental.

GEN.—¿Pues?

BER.—Nimiedades explosivas. Descorcha, Pitonisa.

GEN.—Qué motes tan bonitos pone usted. (*Va a descorchar.*)

BER.—Si te gusta, quédatelo. (*Suena el timbre de la puerta.*)

GEN.—(*Dejando la botella encima de la mesita.*) Espero usted, que llaman. Voy a abrir.

BER.—Abre con cuidado, no se te dispare.

GEN.—¿Qué?

BER.—No, nada. (*Genoveva vase primera derecha.*) ¿Quién será? (*Coge un puro de la caja que habrá sobre la mesita.*) Bueno, yo encendería este puro, pero ¿y si tiene un torpedo?...

GEN.—(*Entra consternada.*) Señor Bermejo... Señor Bermejo...

BER.—¿Qué te pasa?

GEN.—¡Dios mío!

BER.—¿Ha estallado algo?...

GEN.—La señorita, que es la señorita...

BER.—¡Demonio!... ¿Qué dices?...

GEN.—Que he mirado por la rejilla y he visto que es la señorita. Se conoce que ha venido del pueblo sin avisar. (*Llaman de nuevo.*)

BER.—¡Mi mujer!... ¡Mi mujer aquí!

GEN.—¡Ay, si le vel!... ¡Ella que le cree a usted muerto!

BER.—¿Y qué hago?

GEN.—¡Por Dios, escóndase usted!

BER.—¡Sí, porque como me reconozca se lleva un susto que no dice ni Jesús!...

GEN.—Pronto, en este cuarto.

BER.—Por Dios, tú no te alejes mucho. (*Vase Genoveva a abrir. Bermejo se oculta segunda derecha, después de echar las cortinas.*) ¡Dios mío, qué situación!... ¡Una entrevista con mi viuda! (*Se esconde.*)

*Carita, Genoveva. Bermejo al paño.*

CAR.—(*Entrando con un saco de mano.*) ¿Y mamá y los tíos?

GEN.—Pues han salido hace un momento. Ya no tardarán. ¿Pero usted aquí?... ¡Quién iba a figurarse!...

CAR.—He querido venir sin decir nada. No podía estar en el pueblo. Me mataba la tristeza. Además, mañana hará dos meses que murió aquel pobre señor, que en paz descanse (*Bermejo se asoma.*), y he venido a encargarle una magnífica corona, que luego traerán; verás qué preciosa. Además, quiero que le agan un funeral y deseo asistir a él.

GEN.—¿Pero por Dios, aun sigue usted con esa manía?... ¿Pero usted qué tiene que ver con aquel caballero?

CAR.—Con aquel caballero no, con su alma sí. (*Bermejo vuelve a asomarse.*) Soy una mujer cristiana y aunque sólo unos días fué mi marido. Murió sin parientes, sin amigos. No tiene nadie que le lllore ni que le rece. (*Bermejo se asoma, se enjuga una lágrima y la tira un beso.*)

GEN.—No, si... yo comprendo...

CAR.—Además, Genoveva, no estoy tranquila. Yo no sé qué me sucede, que cuanto más tiempo pasa, más aferrado está a mi memoria el recuerdo de aquel hombre. No entro en una sola habitación, si está a oscuras, que no vea aquella cara inolvidable que vi en el Hospital aparecer y colorearse en la penumbra, mirándome fijamente como si quisiera hablarme.



GEN.—¡Qué horror! ¡Calle usted, por Dios! ¡Ay, si le ve!

CAR.—¡Y si vieras lo que yo le rezol!

GEN.—¿Mucho?

CAR.—Debe estar en la gloria.

BER.—*(La sonríe.)* (Si no fuera por los sustos, ya lo creo.)

GEN.—¿Y usted le recuerda bien?

CAR.—Como si le estuviera viendo, Genoveva. Era muy simpático... *(Bermejo alargó el cuello por entre las cortinas para ver mejor.)*

GEN.—¿Sí?...

CAR.—Tenía unos ojos hermosos... azules...

BER.—¡Requiebros póstumos!

CAR.—¡Y en todo su rostro una expresión dulce y resignada, como de mártir!... ¡Pobre hombre! En fin, ven a mi cuarto. Me quitaré el sombrero y mientras le rezaremos unos Padrenuestros.

GEN.—Con mucho gusto...

CAR.—*(Haciendo mutis primera izquierda.)* (Padre Nuestro, que estás en los Cielos..." *(La sigue Genoveva.)*

BER.—*(Saliendo.)* ¡Y se va rezándome! ¡Ora por mí!... ¡Ora por nobis, como quien dice!... Bueno; tengo una mujer que es capaz de sacarle a uno, no digo yo del purgatorio... de sus casillas!... Cuando estaba preocupada por mi alma, me estaba yo fijando en su cuerpo y... ¡la Venus de Médicis es una alcuza comparada con ella!... Y ha dicho que mis ojos eran hermosos... ¿Eran? El pretérito es para ponerle los pelos de punta a un estoico... ¡Son, joven, son!... Bueno, yo la hablo. Naturalmente, que con ciertas precauciones, para que no fallere lo que se esté gastando un dineral en misas... prefiero que me lo dé en metálico. Además, es un cargo de conciencia tenerla alejada de los suyos. ¿Qué la diría yo para empezar?... ¡Ah sí!... la doy el pésame; así no se figura que soy yo... porque ¿quién da el pésame de sí mismo?... Y desde luego empezaré a hablarla sin que me vea. *(Se oye rumor del rezo.)* Ella vuelve. *(Se oculta segunda derecha, cubriéndose con las cortinas.)*

*Dicho, Carita y Genoveva, primera izquierda.*

CAR.—Y allá nos espere muchos años, gozando de la Gloria eterna. *(Se persigna.)*

GEN.—*(Que sale detrás.)* Amén.

BER.—¿Dónde ha dicho que la espere?

CAR.—Bueno, pues tú anda a la cocina, que yo hasta que venga mamá voy a entretenerme escribiendo a las de Botella para decirlas que llegué sin novedad. *(Se sienta a escribir de espaldas a la segunda derecha.)*

GEN.—Sí, señora. Acabaré de planchar. (¿Dónde se habrá metido?) ¡Allí está!... ¡Ay, que se le ven los pies por debajo de la cortina! ¡Dios mío, sí se fija! Voy a avisarle.) *(Va y deja caer sobre uno de los pies de Bermejo la pata de una silla que ha movido. Se escucha algo así como ese sonido que se produce cuando el que, por contener una queja, sorbe el aire con los dientes cerrados.)*

CAR.—¿Qué ha sido?

GEN.—Nada, mi pie. Que me he pisado con la silla. *(Vase primera derecha.)*

CAR.—*(Escribiendo.)* "Querida María Luisa..."

BER.—¡Tendrán azahar en la casa... porque el susto va a ser para un aneurisma! Sin embargo, yo me decido. *(Bermejo da dos golpes casi imperceptibles en la puerta. Carita levanta la cabeza y mira a todas partes con extrañeza.)* ¡Dios mío, empezar a golpes con mi mujer, la primera vez que la hablo!... Los daré más fuertes. *(Da dos golpes más fuertes.)*

CAR.—*(Se levanta asustada.)* ¡Jesús!... ¡Han dado dos golpes!... *(Otros dos golpes.)* ¿Quién?

BER.—*(Oculto tras la cortina, sigue hablando hasta que se indique.)* ¡Señorita!



CAR.—¡¡Ah!! (Aterrada.) ¡Jesús!... ¿Quién habla ahí?... ¿Quién es?

BER.—Nadie, señorita.

CAR.—¡Un hombre!... (Llamando.) Genoveva, Genoveva...

GEN.—(Saliendo primera derecha.) ¡Le ha visto! ¿Qué le pasa a usted?

CAR.—Un hombre... Ahí hay un hombre.

GEN.—No lo crea usted.

CAR.—Sí, que me ha hablado. Pide socorro...

BER.—Díla que no se asuste.

GEN.—Pero si no me hace caso.

CAR.—¿Quién es ese hombre?

BER.—Traquílcese, señorita. Ya ve cómo Genoveva no se altera.

CAR.—¿Pero qué hace usted aquí?... ¿A qué ha venido?

BER.—Pues he venido a decirle de parte de su difunto que no se moleste a usted más en rezar por él.

CAR.—¡Jesús!

BER.—Está usted haciendo un esfuerzo inútil, señorita, porque ¿cómo va usted a sacar del purgatorio un alma que no ha entrado todavía?

CAR.—¿Qué dice ese hombre?

BER.—Que el señor Bermejo, con el que usted se casó "in artículo mortis" ya no ha muerto.

CAR.—¡¡Que no ha muerto!!

GEN.—No, señorita; no, ha muerto.

CAR.—¿Y dónde está ese hombre?

BER.—(Saliendo.) A los pies de usted señorita.

CAR.—¡¡Ah!! ¡¡El!!... (Da un grito terrible y cae desmayada en brazos de Genoveva.)

GEN.—¡Por Dios, señorita!... ¡Ay, que se me muere!

BER.—(Socorriéndola.) ¡Señorita, por Dios!... ¡Agua, dale agua!... Mójala bien.

GEN.—(Espurreándole la cara.) ¡Ay, mi señorita!

CAR.—(Vuelve en sí y mirando fijamente a Bermejo, retrocede aterrada, con los ojos extraviados, como enloquecida.) ¡¡Sí!!... ¡¡Es él!!... ¡¡Le reconozco!!

BER.—¡He mejorado, como habrá usted visto!...

CAR.—¡Pero usted!... ¡vivo!... ¡¡vivo!!!

BER.—Sí, señora, mal, pero vivo. Cállese, por favor.

CAR.—¿Pero no es que sueño?... ¿No es usted algo sobrenatural, algo que vive del otro mundo?

BER.—¡Pero por Dios, señorita, ¿usted cree que hay alguien que vuelva al otro mundo con chaleco de fantasía?...

CAR.—(Llorando en brazos de Genoveva.) ¡Dios mío, le he estado rezando a un vivo!

BER.—En el buen sentido de la palabra; pero sí, señora, un vivo.

CAR.—(Con profundo desconsuelo.) ¿De modo que estoy casada?

BER.—Sí; pero no lo va usted a notar... Cosa de unos días... (Hace señas a Genoveva para que se vaya. Sale por la segunda izquierda.) Señorita...

CAR.—(Aterrada.) No... no se acerque usted.

BER.—¡Señorita, por Dios!

CAR.—(Exaltada todavía.) ¡No!... ¡Me parece usted una visión!

BER.—¡Pues los hay más feos!

CAR.—¡Ay, Dios mío, qué horror!... ¡Y no soy viuda! ¿Por qué, por qué me engañaron? (Llora desolada.)

BER.—Hágase usted cargo, señorita; su familia, que lo es mía, aunque temporalmente, me extendió el certificado de defunción para tranquilizarla. ¡Bien! ¿Pero a qué continuar la farsa? Yo no puedo consentir que se esté usted gastando un dineral en coronas y en oficios de difunto... Gástesele usted en



"trousseau"... Y si acaso, cuando yo desaparezca del mundo, es cuando puede encargarme todos los oficios que quiera, antes no.

CAR.—¡Dios mío, yo casada! Pero Luis sabe esto?

BER.—De memoria.

CAR.—¿Y qué dice, qué dice el pobre?

BER.—Pues nos llevamos divinamente. Está tan contento conmigo. No hemos tenido más que un pequeño disgusto un día que intenté escribirla a usted una carta y puse en el encabezamiento: "Muy señora mía." ¡Ya ve usted si era respetuoso!... Pues dijo que no le daba la gana que dijese que era usted señora mía, ¡ni en las cartas!... Un abuso.

CAR.—¡Ah, sí, sí!... ¡Lo que estarán sufriendo! ¡Pero ellos tienen la culpa! La resurrección de usted es el castigo que Dios nos impone por nuestra codicia.

BER.—¡Por Dios, Carita!

CAR.—¡Ah, sí, ya lo decía yo! Ya lo vaticiné y no quisieron creerme, ciegos por coger una fortuna que no nos pertenecía. ¡Y ahora yo, casada, casada sin remedio! *(Con energía, poniéndose en pie.)* Pero sé lo que debo hacer, lo que me corresponde. Sé la única solución que tiene esta irreparable catástrofe, que ha destruido para siempre mi amor y mi felicidad.

BER.—¿Y qué va usted a hacer?

CAR.—Meterme en un convento.

BER.—¡Más oficios!

CAR.—Meterme en un convento para siempre.

BER.—Usted no se mete en nada. Renunciar usted al mundo, a la juventud, al amor, por culpa mía?... No, jamás. Yo sabré impedirlo.

CAR.—Pero aquí en el mundo, ¡qué martirio no será el de mi vida! ¿No lo comprende usted? ¡Unida para siempre a un hombre que no quiero, y usted perdone, y separada del que amo con idolatría!... ¡Ah, no, nunca, nunca!... ¡Un convento, un convento!...

*Dichos, Luis, doña Tomasa, por primera derecha.*

LUIS.—*(Con asombro.)* ¡Ah! ¡Tú aquí! ¡Tú con él?

BER.—*(Altivo, cruzándose de brazos.)* ¡Conmigo, sí, conmigo!

TOM.—¿Pero qué es esto?... ¡Usted con mi hija!...

CAR.—Sí, mamá, sí.

LUIS.—*(A Bermejo.)* ¿Pero cómo se ha atrevido usted?...

BER.—Se lo he revelado todo con la discreción y el respeto que me impone su dolor. Que lo diga ella.

CAR.—Sí, Luis, sí; este señor me ha dicho toda la horrible verdad.

TOM.—¡Hija mía! *(Cruza al lado de Carita.)*

CAR.—¿Por qué me lo ocultásteis? *(A Luis.)* ¡Y tú, engañarme tú!... No te lo perdono.

LUIS.—Carita, comprende mi espantosa, mi desesperada situación. ¿Qué iba yo a hacer?... ¡Y este hombre!...

BER.—Este hombre, señor mío, ha dicho lo que debía decirle, porque este hombre sabe comprender la ternura de los corazones. Y aunque ante Dios y los hombres soy su esposo, mire usted de qué temple es mi alma. Venga usted aquí. *(Desprende a Carita de los brazos de su madre y la une a Luis.)* Abrácela usted... abrácela fuerte. *(Les obliga a que se abracen.)*

TOM.—¿Pero qué hace?

BER.—*(Sujetando a doña Tomasa.)* Quieta. *(A ellos.)* Apriete usted sin temor, señorita, apriete usted... *(Volviéndose a doña Tomasa.)* ¿Puede hacer más un marido, señora?... ¡Qué cuadro!... Y ahora después de dos meses de ausencia, que tengan un momento de expansión. Dejémoslos solos.

TOM.—No me da la gana.

BER.—¡Señora!

TOM.—¿Qué voy yo a dejar sola con nadie a mi hija!



BER.—(*Sujetándola.*) ¡Pero, señora. no me importa a mí, que soy su marido y va usted a meterse! Vámonos.

TOM.—(*Dando un empujón a Bermejo.*) Déjeme usted en paz. (*Coge a su hija.*) Venid, pasad aquí, hijos míos. (*Vanse los tres primera izquierda.*)

BER.—(*Indignado.*) ¡Qué manera de agradecerle a uno los sacrificios! ¡Al fin suegra! (*Llama segunda izquierda.*) Genovevita.

GEN.—(*Apareciendo.*) Señor.

BER.—El caldo con las yemas. Pero hoy pon cuatro ¡No me agradecen nada, pues que se fastidien! ¡Llévame al comedor!

GEN.—En seguida.

BER.—¿Sales el domingo?... ¡Ah, ya te lo había preguntado! ¡Ingrata! (*Mutis tras Genoveva segunda izquierda.*)

*Don Valeriano e Hidalgo, primera derecha.*

VAL.—(*Entran temerosos, vacilantes.*) Nadie, silencio.

HID.—Vamos a ver el resultado.

VAL.—Aguarda. Tiemblo de emoción. ¿Qué efecto le habrá hecho?

HID.—Lo del enchufe resultó; mire usted las huellas de la llamarada.

VAL.—Es verdad... Veamos lo del cajón. (*Van a mirarlo atentamente y Bermejo asoma segunda izquierda. Se aproxima a ellos.*)

BER.—No ha fallado nada, no se molesten. Gracias, muchas gracias, señores por coadyuvar de una manera tan ingeniosa y sencilla a la total extinción de esta pobre existencia que se me escapa a raudales. ¡Qué hábil, qué flamígero lo del enchufe!... ¡Qué imprevisible, qué detonante lo del cajón!... ¡Gracias, muchas gracias! (*Mutis por donde salió.*)

VAL.—(*Con desconsuelo.*) ¡Vivo!

HID.—(*Con desesperación.*) ¡Vivo!

VAL.—¡Está visto, a este hombre le hacen la autopsia y engorda!

*Dichos, Luis primera izquierda.*

LUIS.—¿Ya sabrán ustedes lo que ha ocurrido?

VAL.—No, ¿qué ha ocurrido?

LUIS.—¡Que llegó Carita sin avisar y ha habado con Bermejo!

HID.—¿Qué dices?

LUIS.—Y lo sabe todo.

VAL.—¡Santo Dios!

LUIS.—Y para remate, a nosotros acaba de asegurarnos el abogado que lo del divorcio es imposible.

VAL.—¿De manera que no hay medio de deshacerse de este hombre?

HID.—No hay medio. La ciencia ha agotado todos sus recursos.

VAL.—No hay medio.

LUIS.—No hay medio. (*Están adrumados los tres.*)

GEN.—(*Aparece primera derecha.*) Señor.

VAL.—¿Quién es?

GEN.—Un caballero que desea hablar con ustedes.

VAL.—No estamos para recibir a nadie.

GEN.—Es que dice que quiere hablar de una cosa urgente.

LUIS.—Que no queremos recibir a nadie.

GEN.—Es que dice que viene a matar al señor Bermejo.

LOS TRES.—¡Que pase! (*Sale Genoveva a abrir.*)

VAL.—(*Con alegría.*) ¿A matar a Bermejo?... ¿He oído bien?

LUIS.—¡A matar a Bermejo ha dicho!

VAL.—¡Matar a Bermejo!... ¡Algún iluso!

HID.—¡Quién sabe si traerá algún nuevo procedimiento!

VAL.—Traiga lo que traiga, ¡para ese hombre los gases asfixiantes, espiégalo!

HID.—Tiene trazas de asesino.

VAL.—Que entre, que entre, pase, pase usted.



*Dichos y Saturnino primera derecha.*

SAT.—(*Tipo de señorito golfo, muy avispado.*) Señores, deseo que me excusen de la urgencia con que he requerido su amable entrevista.

VAL.—Sí, si diga, diga lo que sea.

SAT.—Yo les hubiera pasado a ustedes mi pequeña carta de visita. He estado tres años en París, "avant guerre", de camarero en el "Hotel Ronceray, boulevard Montmartre", y sé lo que me compete.

VAL.—¿Y qué se le ofrece?... Porque nos ha dicho la "fámula"... (que vea que también sabemos francés.)

LUIS.—Sí, nos han dicho que usted pretendía... Usted dirá.

SAT.—"Tout suit". Yo hubiese querido presentarme ante ustedes con un instrumento menos deplorable. Pero, ah, señores, tuve que salir de París hace seis meses con lo puesto, tuve que dejarme la maleta, la "mal", que decimos por allá, sin "mal", ¿cómo va uno a ir bien?...

VAL.—Bueno, alón, alón, al grano.

SAT.—Excúsenme. Todo esto es para que no desconfíen de mí y que den crédito al gravísimo asunto de que vengo a informarles.

LUIS.—Usted dirá.

SAT.—Señores, conozco el horrible drama que les agobia.

VAL.—¿Usted?

SAT.—"Muá". Y vengo a ofrecerles una solución rápida, inmediata, satisfactoria, definitiva.

LOS TRES.—¿Pero es posible?

SAT.—Evangélico. ¿Está aquí ese moribundo ful al que entregaron ustedes hace poco dos mil pesetas?

VAL.—Aquí está.

SAT.—¡Ah, pues aquí muere!

LUIS.—¿Tiene usted alguna ofensa recibida de tal persona?

SAT.—No, si los que le van a matar van a ser ustedes.

HID.—¡Nosotros!

VAL.—¿Qué infeliz! No se haga usted ilusiones.

SAT.—Van a ver ustedes, en cuanto sepan la inicua explotación de que son objeto.

HID.—¿Qué dice usted?

VAL.—Explíquese, por Dios.

SAT.—¿Ustedes saben cómo yo me llamo?

LUIS.—No tenemos el gusto.

SAT.—Saturnino Bermejo.

VAL.—¿Entonces usted es hermano suyo?

LUIS.—¿Hermano de Lázaro Bermejo?

SAT.—Exactamente.

HID.—¿Y viene usted a matar a su hermano?

SAT.—(*Con gran misterio.*) Es que al que yo venía a matar no es hermano suyo, ni se llama Lázaro Bermejo.

LOS TRES.—¿Cómo?

SAT.—Ese inmundo y apócrifo agonizante, que en cuanto se ve mal de recurrir se dedica a expirar, quiso entrar hace dos meses en San Carlos, y como es un poco documentado, me pidió la cédula de mi pobre hermano Lázaro, que había fallecido seis meses ha.

LOS TRES.—(*Con gran asombro.*) ¡Ah!

SAT.—Ha...

LUIS.—(*Con ansiedad.*) Siga usted.

SAT.—Yo, compasivo, se la dí. El entró en el Hospital algo más enfermo que



de costumbre; se puso a la muerte, según dicen, y entonces fueron ustedes y lo casaron con una honorable señorita. *E voilà tout.*

LUIS.—¿Entonces ese hombre cómo se llama?

SAT.—Ese hombre se llama Gaspar Menacho.

VAL.—¿Menacho?

SAT.—Menacho. En cuanto convalació vino a buscarme, me contó el lance me dijo que teníamos un bello negocio a explotar, que me callase hasta coger las zatorce mil pesetas, y que iríamos a medias en el asunto.

LUIS.—¡Qué infamia!

SAT.—Y cuando yo, cándido de mí, lleno de buena fe, de nobleza, de hidalguía, le había buscado unos niños con un parecido asombroso, y a la Hipólita, que no hay otra en Madrid para estos asuntos, y le había prestado ¡hasta mi madre, señores!... que ya ven ustedes, prestar una cosa tan sagrada... Pues va el muy canalla y en vez de mandarme las mil pesetas que me correspondían... en vez de mandarme un cheque, me mandó un chico con diez y ocho reales, *tout compris*.

¿A ustedes les parece?

VAL.—(Con inmensa alegría.) ¡Ay, señor Bermejo! ¡Ay, qué peso me ha quitado usted del alma!

LUIS.—¡Ay, qué felicidad!

HID.—Todo resuelto. ¡Qué alegría!

VAL.—¿Y dice usted que su hermano Lázaro ha muerto?

SAT.—Hace medio año.

VAL.—¡Ay, qué gusto.

LUIS.—¡Somos dichosos!

HID.—¿Y se podría sacar el certificado de defunción cuando se quiera?

SAT.—Sin duda.

LUIS.—¡Qué alegría!... ¡El certificado de defunción!... ¡Qué felicidad!...

(*Saltan y bailan regocijados.*)

SAT.—Pero, caramba, que no creo sea motivo de regocijo...

VAL.—¡Ay, sí, señor Bermejo!... Usted dispense.

LUIS.—¡Pero es que nos ha devuelto usted la felicidad, el sosiego, la vida, todo!

HID.—Acaba usted de solucionar el más grave de los conflictos.

SAT.—Bueno, pero yo espero que ustedes correspondan obligando a ese miserable a que me restituya lo legítimamente ganado.

VAL.—*Tout suit.* Obligaremos a Menacho a que comparta con usted lo que ha recibido y lo que tiene que recibir, que no va a ser poco. Haga usted el favor de pasar a esta habitación y esperar un instante (*Le indica la segunda derecha.*)

SAT.—*Tre bian.* (*Entra.*)

LUIS.—Bueno, ¿y qué hacemos con ese canalla?

VAL.—Tú entra y cuéntales a Carita y Tomasa lo que ocurre; diles que no floren más, que se alegren, que somos felices, que el matrimonio no es válido, que pronto desharemos el error.

LUIS.—Sí, no quiero retardarles esta alegría. (*Vase primera izquierda.*)

VAL.—Tú, Hidalgo, baja, cuéntaselo a Segundo y dile que suba.

HID.—A escape. (*Vase primera derecha.*)

VAL.—Y yo... (*Sombrio.*) Yo voy a encerrarme con Menacho, y como esa lesión cardio-motora sea un hecho, aquí la hinca; y si no es un hecho le va a faltar una décima de milímetro. A mí me paga los dos meses que me ha hecho pasar y el sablazo. (*Saca un revólver.*) ¡Ay, de tí, Menacho!

*Don Valeriano y Bermejo.*

VAL.—(*Se acerca a la segunda izquierda.*) Bermejo... amigo Bermejo

BER.—(*Apareciendo.*) ¿Me llamaba usted, mi cordial y querido tío?

VAL.—Sí, tenga la bondad de hollar, aunque transitoriamente, este recatado despacho.



BER.—A sus gratas y efímeras órdenes.

VAL.—Sírvase reposar en esa acogedora y deleznable silla.

BER.—Encantadísimo. (Me escama la retórica.) *(Se sienta en el sillón de despacho.)*

VAL.—Mi pasajero y fútil sobrino; he llamado a usted porque acaba de ocurrirme una idea fulgurante, feliz, heroica, solucionante.

BER.—¿Y qué idea es esa?

VAL.—Verá usted qué hallazgo. Yo estoy viendo, amigo mío, que la infelicidad de esta casa ya no tendría término.

BER.—¡Oh!

VAL.—De un lado, mi hermana que muere; mi sobrina que se agosta, todos enloquecemos... De otro, usted, sufriendo, atormentándose, anhelando morir, sin conseguirlo. ¿Qué remedio único podría tener esta trágica desdicha?, pensé... ¡Yo he encontrado!

BER.—¿Ha encontrado usted el remedio?

VAL.—Breve, hermoso, sencillo, concluyente. Verá usted.

BER.—A ver.

VAL.—He resuelto, que encerrados en esa habitación, concluyamos ahora mismo...

BER.—¿Cómo?...

VAL.—¡Matándole a usted y matándome yo luego!

BER.—*(Que apenas puede tenerse de terror.)* ¡Don Valeriano!... ¡Caray, qué idea!

VAL.—¿Le gusta a usted?

BER.—¡Una preciosidad! Pero es una idea que yo creo que nos convendría madurarla.

VAL.—¿Madurarla, para qué?... ¿Usted no va a morir pronto?

BER.—De un día a otro, sí señor. Pero vamos, uno tiene sus afecciones... Yo quisiera despedirme de los míos...

VAL.—Despidase por escrito. De aquí salimos los dos para el depósito.

BER.—¡Pero por Dios, don Valeriano!... ¿Matarnos en casa?... Ahí tenemos el Retiro, la Moncloa, lugares de una amenidad y de una...

VAL.—Basta.

BER.—Tampoco echemos el Canalillo en saco roto; una cinta de plata, álmomos en las orillas...

VAL.—*(Se levanta. Saca el reloj y el revólver.)* Escriba usted la despedida. Dos minutos nos quedan de existencia. ¡Pronto!

BER.—¿Dos minutos?... ¡Pero caray, don Valeriano; con este pulso en dos minutos no pongo yo "ni ustedes lo pasen bien." *(Se pone a escribir.)* ¿Qué haría yo, Dios mío!... La cara es de una resolución trágica.) *(Escribe.)*

VAL.—Minuto y medio.

BER.—Don Valeriano, ¿tiene usted un raspador, que me he equivocado?... He puesto hijos con ge.

VAL.—El trance disculpa la ortografía. Pronto, que pasa la hora.,,

BER.—Don Valeriano, hágame el favor de un sobre.

VAL.—Tome usted. *(Bermejo moja el sobre repetida e inútilmente.)* ¿Qué le pasa?

BER.—Nada, que se pone usted tan apremiante que no sé si es que el sobre no tiene goma o que yo no tengo saliva.

VAL.—Venga esa carta. *(Se la quita.)* Encomendémonos a Dios.

BER.—Don Valeriano, un momento, que se me ha olvidado la fecha.

VAL.—*(Cogiéndole de una mano.)* Basta. Encomiéndate a Dios: ¡Muere!

*(Le apunta.)*

BER.—*(Cayendo de rodillas.)* ¡No, don Valeriano, por su madre!... ¡Mis hijas, mis pobres hijas! ¡No haga usted fuego!... ¡Fuego no!...



VAL.—¡Muere! (Le muele a puntapiés, golpeándole con la culata del revolver.)

Dichos. Saturnino. Luego Luis, doña Tomasa y Carita, primera izquierda. Después don Segundo e Hidalgo, primera derecha. Al fin, Genoveva.

SAT.—(Sabiendo segunda derecha.) ¡Mátelo usted!

BER.—(Más aterrado todavía.) ¡Saturnino!

SAT.—¡Menacho!

BER.—(Levantándose.) ¡Tú aquí... Entonces... ¿Lo saben todo?...

LUIS.—(Sabiendo.) ¡Todo, miserable, canalla!...

TOM.—(Que ha salido con Carita.) Todo, sí, señor, y sólo por la alegría de verte feliz a mi hija es por lo único que siento impulsos de perdonarle a usted.

SEG.—(Que aparece con Hidalgo.) ¡Conque era un falsario! ¡Granuja!

VAL.—Elimínese a gran velocidad... Váyase de España, márchese a América.

BER.—¿Y si naufrago?

VAL.—Usted se va al fondo del agua y se atraganta nada más.

LUIS.—Váyase pronto, porque nosotros hemos de notificar al juzgado la sustracción que usted ha cometido y va usted a ir a la cárcel.

CAR.—Huya usted cuanto antes.

BER.—Gracias, señores; he parecido más malo de lo que soy; la necesidad del hambre... perdonenme.

GEN.—(Aparece primera derecha. Trae en la mano una corona fúnebre con grandes cintas.) Señorita, acaban de traer esta corona.

CAR.—¡Dios mío, la que yo encargué, creyendo!...

BER.—Es preciosa...

VAL.—Era para usted, utilícela.

BER.—(La coge.) Con mucho gusto... (Leyendo las cintas.) "A la buena memoria..." ¡Regular nada más!... pero en fin... ¡Gracias, señorita, gracias por el recuerdo!

SAT.—Esto lo vendemos y nos dan treinta pesetas.

BER.—*Tout suit.* ¡Señores! (Vanse primera derecha.)

TOM.—¡Vaya con Dios!

HID.—¡Maldito sea!

LUIS.—¡Lo que nos ha hecho sufrir ese bandido!

SEG.—Porque fué el castigo de vuestra codicia. Así verás que sólo es verdad lo que yo os tuve dicho, que el bolsillo se parece al estómago. Si queréis tener salud, comida sana; si queréis ser felices, dinero honrado. Y lo que no sea eso, va lo visteis, daño nada más puede ser.

TOM.—Tiene razón Segundo.

VAL.—Y tú, Hidalgo, cuando se te ocurra una cosa ingeniosa, te la apuntas en un papel y te lo comes. (Al público.) Y aquí da fin la grotesca tragedia con que el autor pretendió entreteneros unas horas. Perdón si no lo ha logrado. (Telón.)



La respuesta es tan descomulgada como el asunto. En el  
hallazgo, absolutamente alucinado!

Godó. — ¡Pues sacón, Masechino, sacón sacón!

Mase. — Pues si tengo miedo, ¿cómo voy a ir a un lugar  
que le han metido la cabeza con una tijera, sacón del que  
intencionalmente lo cubren. El mismo que sacón con el  
miedo. La cultura moderna le sacón, y sacón sacón  
con inteligencia, y sacón sacón, y sacón sacón  
sacón en sacón que un sacón al a sacón sacón sacón  
sacón.

Mase. — ¡Ah!, ¡un sacón sacón! ¿Qué sacón sacón?

Godó. — La sacón. La sacón a sacón.

Mase. — No, no. La sacón sacón, sacón sacón, sacón  
sacón sacón sacón sacón. El sacón, el sacón, el sacón  
sacón sacón sacón el sacón, sacón sacón sacón sacón  
sacón de sacón, sacón sacón sacón sacón.

Godó. — ¿Qué sacón es el sacón? ¿Qué sacón es el sacón?

Mase. — ¡Pues sacón!

Godó. — ¿Qué sacón sacón? ¿Qué sacón sacón?  
¿Qué sacón sacón? ¿Qué sacón sacón? ¿Qué sacón sacón?  
¿Qué sacón sacón? ¿Qué sacón sacón? ¿Qué sacón sacón?  
¿Qué sacón sacón? ¿Qué sacón sacón? ¿Qué sacón sacón?

Mase.



